



TRABAJO
DE FIN
DE
MÁSTER

HIJAS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA: IDENTIDADES ELEGIDAS, IDENTIDADES IMAGINADAS

Gisela Durán García

Directora: Dra. D^a Elena Hernández Corrochano

Departamento de Antropología Social y Cultural

Facultad de Filosofía. Universidad Nacional de Educación a Distancia

2016

Índice

1	Introducción.....	3
2	Metodología y técnicas de investigación.....	5
2.1	Objetivos	5
2.2	Los relatos de vida como técnica para una metodología cualitativa.....	6
2.3	Posibles dilemas éticos durante el proceso	12
3	Marco teórico	14
4	La España que dejaron los emigrantes	18
5	La vida entre varios mundos. Lo propio y lo extraño	24
6	El ingreso en la escuela. Nuevos modelos de ser niña	33
7	Relaciones de poder en el ámbito doméstico	39
8	Cómo se construye la identidad	49
8.1	La nostalgia como creador de identidad.....	49
8.2	Identidades elegidas e imaginadas. España como sinónimo de libertad	53
8.3	Cuando los lazos se aflojan	55
9	Conclusiones	58
10	Bibliografía	64

1 Introducción

Mi intención a la hora de plantearme el tema de estudio para este trabajo de máster fue, en primer lugar, que el asunto fuera de mi interés, que tuviese relación, aunque fuese tangencial, con temas que ya había investigado en el pasado y que tuviera fácil acceso a los ámbitos donde pretendía llevar a cabo el trabajo. Los temas de investigación que más me interesan están, de una manera u otra, relacionados con la antropología de género, y hasta el momento, mi corta experiencia en la investigación se reducía a temas relacionados con educación y género, por lo que el ámbito general ya estaba decidido. El tema de la emigración y los conflictos que provoca en la identidad de la gente, me tocaban de lleno, porque estuve trabajando durante algunos años en Alemania, y, como suele suceder, a la vuelta, no sintiéndome ya ni española ni alemana, acabé trabando amistad con muchas personas en mi misma situación, inmigrantes, hijos de emigrantes o personas que, como yo, habían retornado después de años en el extranjero. La red de personas que, a través de estas amistades, he ido creando a lo largo de los años, más las que dejé en Alemania, me facilitaba bastante el campo donde llevar a cabo la investigación. Se trataba ahora de encontrar un tema concreto y una metodología acorde. Uno de los temas de conversación que más frecuentemente surgía cuando hablaba con hijas de emigrados españoles a distintos países europeos durante los años sesenta y setenta del pasado siglo, era el de la identidad. Interesada por este aspecto de las migraciones, me dispuse a indagar en la ahora abundante bibliografía sobre el tema. Si bien, como señala Carmen Gregorio (2011), desde hace algunas décadas han proliferado los estudios sobre migraciones internacionales que inciden en el papel de la mujer en estas, centrándose en temas como el aumento de la participación de las mujeres en las migraciones, la violencia de género, la salud, el cuidado, y temas

relacionados con la integración, la identidad y el cambio cultural, muchos de estos estudios están más bien enfocados sobre mujeres migrantes y no tanto sobre aquellas ya nacidas o criadas en el país al que emigraron sus padres.

Como afirma Kuper (2001), la identidad no es un término fácil de definir. La identidad hace referencia al hecho de saber quiénes somos, o quiénes somos frente a otros y se trata de una construcción tanto individual como social en la que entran factores como la historia del individuo y la del grupo o los grupos a los que se pertenece, la autopercepción y la percepción de los otros. Todos tenemos identidades múltiples, incluso si, como dice Kuper, se acepta tener una identidad primaria.

En el contexto de las migraciones a Europa durante los años sesenta y setenta del pasado S. XX, los emigrantes españoles, a pesar de sus intentos de aferrarse a la memoria de la tierra, veían que tenían que abrirse paso en una sociedad que no era la propia, que, les gustara o no, se estaba convirtiendo en la de sus hijos.

Así pues, comencé a interesarme por un aspecto que veía menos explorado, el de las hijas de los emigrantes, cuya situación, a caballo entre dos sociedades, no solo les creaba conflictos de pertenencia, sino que también afectaba a su propia percepción sobre su identidad como mujeres. Casi todas eran hijas de emigrantes que abandonaron España inmediatamente después de acabar la postguerra y que dejaban una España aislada, tremendamente tradicional y muy influida por un catolicismo que permeaba toda la sociedad nacional. Estas mujeres habían nacido en Alemania o en Bélgica y se habían escolarizado en estos países, pero también habían crecido en una especie de gueto español en el que, de forma artificial, casi se rendía culto a una España que, a mediados de los años sesenta, ya estaba empezando a cambiar, acercándose poco a poco a Europa. Por fuerza, cuando llegaron a la adolescencia, estas niñas se enfrentaron a

unos padres anclados en una España que ya no existía cuando las hijas se hacían mayores.

El tema me empezó a interesar e hice una especie de sondeo informal entre algunas de estas mujeres sobre si estarían dispuestas a participar en una investigación para mi trabajo de fin de máster. Algunas dijeron que sí entusiásticamente, con muchos deseos de contar sus experiencias, otras me presentaron a amigas que tenían historias que contar. Al final me quedé con las historias de tres mujeres, aunque todas me parecieron interesantes. Una de ellas se instaló en España, las otras dos siguen viviendo en sus países de nacimiento, Bélgica y Alemania.

2 Metodología y técnicas de investigación

2.1 Objetivos

Centrándome en las hijas de los emigrantes españoles en estos dos países europeos, mi intención al abordar este trabajo de investigación ha sido la de indagar en las formas en que estas mujeres han ido conformando y reelaborando sus identificaciones e identidades, prestando atención a las estrategias utilizadas para ello y a los entornos en los que han desarrollado sus vidas, tratando asimismo de analizar los discursos propios en torno a los universos creados por la comunidad migrante en la que crecieron.

La identidad no constituye un concepto estable, sino que se va construyendo, tanto individual como colectivamente. Comúnmente la identidad se asocia a la pertenencia a un colectivo en un territorio geográficamente localizado, pero no de manera necesaria. Como ocurre con los emigrantes, la pertenencia a un colectivo puede reflejarse en sus manifestaciones culturales. El grupo familiar con su conjunto de

costumbres y valores es comúnmente el grupo de socialización primario de cualquier niño y, en el caso de las comunidades emigrantes como las que me ocupan en el presente trabajo, puede decirse que el grupo familiar se extiende de una manera peculiar formando un colectivo en el que el recuerdo de la tierra que se ha dejado atrás actúa como un anclaje simbólico para mantener, desterritorializada, la propia identidad. En estos contextos, y aquí mi hipótesis de partida, las hijas de los emigrantes están sometidas a una doble presión, la que orienta hacia los valores de la sociedad de origen en conflicto con la de acogida, que lentamente se va convirtiendo en la propia y la presión que, en palabras de Celia Amorós (2009:78), hace a las mujeres “viajar con las fronteras puestas”. Como bien señala esta autora, “a las mujeres se les prescribe estar siempre en los mismos lugares” (2009:78).

He tratado de seguir esta hipótesis siguiendo las trayectorias vitales de tres mujeres a las que, desde aquí, doy las gracias por la receptividad con la que me han acogido y la amabilidad con la que me han abierto sus casas y me han facilitado los contactos necesarios para poder realizar mi investigación. En repetidas ocasiones me habían expresado su deseo de contar “su historia”. Este trabajo va dedicado a ellas.

2.2 Los relatos de vida como técnica para una metodología cualitativa

Como ya adelantaba más arriba, este trabajo ha sido posible gracias a que conocía a algunas personas que encajaban en la temática que quería investigar y que, desde el primer momento, me dieron toda clase de facilidades para hablar con ellas y para ponerme en contacto con personas de su entorno que pudieran tener interés por participar en mi trabajo. El enfoque, lo tuve claro desde el principio, debía ser el biográfico, ya que, como señalan Arjona y Checa (1998:7), el análisis de las migraciones exige que se atienda a los marcos de referencia de los sujetos que se

investigan y que se conozcan las perspectivas de estos de “primera mano”, así que diseñé la investigación optando por charlas informales con mis tres informantes y los contactos que me proporcionaran y, por último, por entrevistas con ellas, aplicando una metodología cualitativa, basada posteriormente en la técnica de análisis de los relatos de vida propuesta por Daniel Bertaux, fundamentalmente en su texto *El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades* (1999). Previamente y siguiendo a este autor (1999:8), me había planteado algunas de sus cuestiones metodológicas a la hora de abordar este enfoque:

- ¿A quién interrogar?
- ¿A cuántos?
- ¿Se debe ser directivo o no directivo?
- ¿Se deben recoger relatos completos o incompletos?

El número de historias de vida aconsejables en una investigación antropológica varía según el estudio y

cesará cuando se conozcan las pautas de las relaciones estructurales que organizan al individuo con respecto a sí mismo, su familia y su comunidad. De esta manera, el número de encuentros con el informante no están inicialmente determinados, pero la saturación indicará el final del registro. (Arjona y Checa, 1998:6).

Teniendo en cuenta que este es un trabajo de fin de máster, que se ha tomado como un ejercicio preparatorio para una investigación de mayor envergadura, y siguiendo los consejos de mi tutora, redujimos el número de historias de vida a un total de tres, completando la información recibida con entrevistas a personas de sus entornos respectivos. Mis informantes han sido, Carmen, seudónimo dado a la hija de unos emigrantes españoles en Alemania, y dos primas, a las que he dado los nombres de Ana y Elena, cuyas madres, hermanas entre sí, emigraron a Bélgica a fines de los cincuenta y

cuyas experiencias he juzgado merecedoras de ser incluidas en este trabajo, tanto por sus similitudes como por sus diferencias.

El número de entrevistas, además, ha venido definido por el hecho de que un trabajo de estas características, por fuerza ha de tener una extensión limitada y ha de realizarse asimismo en un lapso temporal muy breve para las entrevistas, hecho que se puede compensar por el conocimiento previo que tenía de mis informantes. En este sentido, el número de relatos de vida queda condicionado a estas limitaciones, que no lo son tanto si se combinan con otras técnicas de observación participante y entrevistas a personas del entorno, técnicas de las que afortunadamente he podido hacer uso en este trabajo.

En cuanto a mi grado de intervención en las conversaciones con ellas, ya que desde el principio dejé claro qué es lo que pretendía, ha sido el necesario para no alejarnos del tema central del estudio, siguiendo las directrices de Bertaux. En la búsqueda de información general fue inevitable tener una cierta actitud directiva, pero a medida que fui conociendo las respuestas a las preguntas de carácter general y el interés se fue desplazando a lo concreto y particular, preferí dejar hablar libremente a las entrevistadas, pues conforme se van contando episodios de la propia vida, los relatos se enriquecen con la reflexión a la que aquellos van dando lugar, sumándose a la función de investigación, la función de expresión de una ideología particular, que aflora a medida que avanza el relato (Bertaux, 1999:10).

Tuve, pues, la gran fortuna de que mis tres informantes se sumaran a mi proyecto y me facilitaran el acceso a amigos y familiares que me permitieron ampliar la perspectiva y conocer mejor los contextos donde se desarrollaron la infancia y juventud de estas mujeres. Para ello, me desplazé durante una semana a Lieja, en Bélgica, donde, amablemente, algunas personas del entorno de mis entrevistadas se prestaron también a

darme sus impresiones. En cierta ocasión incluso se reunieron varios miembros de la familia y amigos para darme la posibilidad de que pudiera charlar con ellos con más comodidad para mí.

No puedo dejar de mencionar la ayuda de las nuevas tecnologías, como Skype, que me ha permitido conversaciones de varias horas con Alemania cuando las charlas cara a cara resultaban imposibles.

Como he mencionado más arriba, dos de las entrevistadas son primas, aunque a pesar de su cercano parentesco y de compartir experiencia migratoria, sus circunstancias familiares y sus trayectorias vitales son lo suficientemente distintas como para diversificar la información recibida. Mi primera entrevistada, a la que he llamado Ana, tiene 55 años y nació en Lieja. Vivió en Bélgica hasta su mayoría de edad, momento en el que, tras una pelea familiar que había estado incubándose en los años anteriores, dejó este país y se instaló, primeramente en Londres, y posteriormente en Madrid, donde aún reside. Actualmente trabaja de manera “free lance” dando clase de francés y realizando traducciones. Su prima, Elena, también nació en Bélgica. Tiene 49 años, reside aún en Lieja y tiene un puesto muy cualificado en la administración de un hospital.

En el entorno más próximo a estas dos informantes, mantuve charlas informales con las madres de ambas y con la cuñada, belga de origen, de una de ellas, que me permitieron que grabara las conversaciones. Tuve, asimismo, la oportunidad de ejercer la observación participante en el periodo de tiempo que llevé a cabo la investigación en Lieja, asistiendo a comidas familiares donde, de manera informal, hablábamos sobre los temas que posteriormente han ido dando forma a este trabajo y visitando algunos de los lugares donde, en el pasado, se había desarrollado la vida social de los emigrantes españoles.

Mi tercera informante, Carmen, tiene 43 años, nació en Weinheim (Alemania), es educadora infantil y tras su divorcio, ha regresado a su localidad natal, donde ocupa una plaza de responsabilidad en una guardería estatal. En el ámbito de la tercera entrevistada, he tenido la ocasión de mantener charlas informales con sus padres y con la amiga, alemana, que desde su adolescencia ha estado compartiendo con ella experiencias y mudanzas de muy distintos tipos. Aunque no he viajado a Alemania para realizar las entrevistas, realizándolas, bien en España, o, como he apuntado más arriba, por Skype, he hecho uso de notas y fotografías tomadas hace algún tiempo en el Centro Español de Weinheim, lugar en el que transcurrió la infancia y adolescencia de mi informante.

La principal dificultad de los relatos de vida, reside en la fase de análisis e interpretación de los contenidos, por lo que siempre es conveniente realizar un examen exhaustivo sobre cada relato y un segundo examen sobre el conjunto de estos, para obtener de ellos un cuadro representativo del espacio que se estudia, hasta que aparezca el fenómeno de saturación por repetición en el que Bertaux (1999) basa la validez del método. Por otra parte, cuando se emplean los relatos de vida como técnica etnográfica, no deben dejarse de lado los parámetros cuantitativos para evitar que se produzcan repeticiones innecesarias, cuando, tras varias entrevistas, se considere que ya no se produce nueva información (Arjona y Checa, 1998). Por ello, aunque tenía planeada una visita a Alemania antes de comenzar con las entrevistas, a la vista del material recabado vía Skype, mis notas y el material fotográfico de una visita anterior, este paso me pareció innecesario.

Al dar comienzo a este trabajo, me dediqué en primer lugar a elaborar un estado de la cuestión que examinara la literatura en referencia al tema. Este es un trabajo que

parece no acabar nunca, porque de la lectura de un texto, salen notas para conseguir otros textos y estos a su vez...amplían más la selección.

Una vez terminada esta primera etapa, y la fase de conversaciones con mis entrevistadas, procedí al análisis de estas, aunque en puridad, en una investigación de este tipo, desde la selección de los sujetos que se van a investigar, hasta la organización de los elementos obtenidos en una representación coherente, “el análisis continúa a lo largo de toda la investigación y consiste en construir progresivamente una *representación del objeto*” (Bertaux, 1999:12).

El método de los relatos de vida plantea la cuestión acerca de su validez y representatividad, esto es, si la información recopilada y el tamaño de la muestra permiten establecer generalizaciones (Arjona y Checa, 1998). Por supuesto que no es tarea fácil intentar generalizar ni formular juicios absolutos cuando se emplea la información relativa a dos o tres personas: la verosimilitud de las generalizaciones acerca de un modelo social depende totalmente del descubrimiento de “mecanismos genéricos” (Bertaux 2005:33), descubriendo lo general en las formas particulares, pero el uso de esta técnica etnográfica aplicada a la emigración española en la segunda mitad del S. XX es especialmente interesante, no solamente porque se centre en sus protagonistas, sino porque proporciona un conocimiento de primera mano sobre estos que otras técnicas no pueden proporcionar. Bertaux (1989) distingue dos tendencias fundamentales a la hora de poner en práctica el enfoque biográfico: la que se interesa por los significados, a la que él llama hermenéutica, por centrarse en descifrar los textos y las significaciones que pretenden comunicar aquellos que relatan sus vidas y la que denomina etnosociológica, ocupada por los referentes, es decir, las relaciones, reglas y procesos que estructuran la vida social. Esta orientación, que es la que interesa a Bertaux, ha guiado la forma de enfocar el análisis de este trabajo. Como indica este

autor (1989) ya desde las primeras observaciones se puede intuir cómo se conectan fenómenos que a primera vista parecen no tener relación, pero es necesario cotejarlos e ir construyendo y delimitando poco a poco una representación mental de hechos que trascienden la anécdota puramente individual, es decir, que se trata de fenómenos sociales expresados a través de individuos concretos. En el proceso de construcción teórica se alcanza la saturación, prestando atención a las repeticiones en los relatos, buscando la coherencia entre la totalidad de estos y el análisis teórico. Bertaux recomienda buscar “casos negativos”, esto es, personas que puedan contradecir el modelo, para verificar a partir de ellas si efectivamente lo rebaten o lo confirman. Por otra parte, solo es posible alcanzar la saturación diversificando al máximo los informantes (Bertaux, 1999). En un trabajo de estas características, donde el número de informantes es, por fuerza, muy reducido, he tratado de cumplir estos dos requisitos, la búsqueda de “casos negativos” y la diversificación de las informantes, seleccionándolas de forma que hubiese el mayor número posible de variaciones en sus trayectorias vitales, pero siempre enmarcadas en el contexto de las familias que emigraron a diversos países europeos a mediados del pasado S.XX.

2.3 Posibles dilemas éticos durante el proceso

Al iniciar cualquier investigación etnográfica, y más en una de estas características, basada en relatos de vida, una se cuestiona las posibles repercusiones que su investigación tendrá sobre las personas a las que investiga. Los posibles dilemas de carácter ético que se planteen no son siempre previsibles, y hay que ir decidiendo sobre el terreno que caminos seguir. La propia metodología de este trabajo implica una relación estrecha con las personas cuyas vidas se investigan y la recopilación de historias de carácter privado, así que mis responsabilidades éticas debían comenzar con la salvaguarda de su identidad. Por ello, como ya he adelantado, todos los nombres que

aparecen en este trabajo son ficticios. La forma particular en que he enfocado mis entrevistas, comenzando con una breve exposición de los objetivos que me proponía y dejando hablar a la persona entrevistada, sin apenas interrupciones, favorecía el que esta se sintiera distendida y hablase sobre hechos que, en otras condiciones, quizás nunca hubiera mencionado. Uno de los aspectos que más me ha llamado la atención a la hora de tener las conversaciones con mis tres entrevistadas es el deseo que sienten de hablar, de “explicarse”. En algún momento, mientras grabábamos, reconozco haberme sentido un poco incómoda, por los temas que se tocaban y los recuerdos de carácter muy privado que salían a la luz.

Otro aspecto importante, en cierto modo relacionado con el anterior, es la necesidad de adoptar una posición neutra ante la entrevistada, de guardar una distancia “cínica” como señalan Arjona y Checa (1998:4), usando un término de Magnus Berg, distancia, que, sin embargo, no limite que entre entrevistadora y entrevistada exista un clima de confianza, de cierta complicidad. Como señalan Arjona y Checa, una posición en exceso empática puede hacer perder a la entrevistada la noción de que está participando en una investigación y contar más de lo que pretendía, lo que en modo alguno puede ser aprovechado por la investigadora.

Con frecuencia, el tema de una investigación antropológica no implica solo a “los informantes” seleccionados, sino que incluye o afecta a otros miembros de la comunidad descrita (Fernández Montes, 2010). Este es el caso de la presente investigación. En todo momento fui consciente de que los familiares y amigos de las mujeres entrevistadas me habían abierto sus puertas en base a la relación que yo tenía con estas, lo que me obligaba a ser doblemente cuidadosa con el tipo de preguntas que planteaba. En ningún momento deseaba ponerles en el compromiso de tener que relatar aspectos de las vidas de mis protagonistas o de las suyas propias que no quisieran hacer

público. Incluso cuando yo conocía algún detalle específico sobre estos, si me contaban una versión diferente, tuve buen cuidado de no insistir sobre el particular.

Por último, cuando se conoce a alguno de los informantes se puede correr el riesgo de permitir que ideas preconcebidas sobre esa persona afecten a la deseada objetividad, por lo que hay que tener especial cuidado en no permitir que estas entorpezcan el curso de la investigación.

3 Marco teórico

La producción teórica sobre cuestiones de género y migraciones es relativamente reciente, pero fundamental para restituir la agencia de las mujeres, contribuyendo así a desmontar la representación de las migraciones como un asunto masculino. Sin embargo, uno de los aspectos que más resalta en ella es cierta carencia de datos etnográficos contextuales que traen como consecuencia caer en generalizaciones que denotan insuficiencias en el trabajo de campo (Gregorio, 2011).

Por ello, he tratado en todo momento de evitar esas generalizaciones de las características de grupos concretos para centrarme en la especificidad de cada una de las mujeres y cada uno de los entornos. Como en las últimas décadas la antropología se ha encauzado al estudio de las estrategias que los actores sociales emplean en la vida cotidiana y el influjo de estas en la vida social, este cambio de orientación ha supuesto un estímulo particular a la antropología feminista por la importancia que concede a las experiencias femeninas (Moore, 2009). Se considera así que una de las más importantes contribuciones de la antropología feminista a la disciplina es la interpretación cultural del sujeto tomando como punto de partida el análisis de la identidad de género. Otro de los planteamientos interesantes de la crítica feminista se refiere a la puesta en cuestión de los modelos naturalistas sobre lo que ocurre en el interior de los hogares y cómo se

relacionan unos con otros, tal como lo plantean autoras como Joan Scott. Este aspecto concreto me ha resultado muy útil a la hora de indagar en los vínculos particulares que se establecían entre las distintas familias emigrantes.

Mi planteamiento teórico se ha basado, pues, fundamentalmente en teorías feministas, por su contribución a poner de relieve las categorías de género y parentesco como principios de la organización social con los que entender el impacto de las migraciones (Gregorio, 1998) así como para señalar cómo, a través de la socialización de patrones culturales, aparecen determinados estereotipos que van a influir en la percepción social de las pautas de comportamiento que se espera de las mujeres. Basándome en los postulados de teóricas como Joan Scott (1994), que rechaza la construcción dicotómica de alternativas y propone incluir el reconocimiento de las diferencias en la noción de igualdad, trataré de presentar algunas de las formas distintas en que las hijas de emigrantes españoles en Europa durante la segunda mitad del S. XX se han enfrentado a patrones culturales muy dispares y cómo han construido sus identidades en base a las elecciones tomadas. Scott propone el par diferencia-diferencia frente al clásico binarismo igualdad/diferencia como condición para conformar tanto las identidades individuales como colectivas. En el discurso más tradicional, el contraste masculino/femenino, tal como apunta Scott, se utiliza para construir significados ajenos al cuerpo o al género de una manera literal, fijando estos significados a representaciones culturales que determinan los términos en que se entienden las relaciones hombre/mujer (Scott, 1994:3). Pero estas oposiciones tan estáticas no solo presentan como opuestas cosas interdependientes, sino que, además, se elimina la especificidad, tanto de la diversidad como de las experiencias de las mujeres, es más, de las personas, sean estas, hombres o mujeres.

Scott aboga por establecer una diversidad más compleja para las categorías masculino/femenino, diversidad que se expresa de forma distinta en contextos distintos, para evitar que se borren y pasen inadvertidas las muchas diferencias que existen dentro de cada categoría. La generalización de las categorías masculino/femenino oculta las diferencias en las experiencias de las mujeres, en sus comportamientos, caracteres, subjetividad o deseos que existen entre ellas (Scott, 1994:6).

La categoría género, como apunta Scott (1990:28) puede emplearse para sugerir que la información que se ofrece sobre mujeres implica también proporcionar información sobre hombres, remarcando el hecho de que el mundo de las mujeres es parte del mundo de los hombres y no un ámbito separado. Género también designa las relaciones sociales entre hombres y mujeres y los orígenes sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Continuando con Scott (1990), debemos preguntarnos cómo sucedieron las cosas para descubrir porqué sucedieron, huyendo de causalidades generalizadoras. La socialización es un proceso demasiado complejo como para que se reduzca a opciones universales y esto se pone de manifiesto en las distintas experiencias que relatan las hijas de los emigrantes sujeto de esta investigación. Se hace, pues, necesario tomar en consideración tanto a los sujetos individuales como la organización social en que se desarrollan y las interrelaciones que se producen en ellas. En medio de estos procesos y estructuras, Scott (1990:44) ve un intento racional, aunque sea rudimentario, de construir una identidad y una vida que contenga posibilidades de resistencia, de reinterpretación y de imaginación.

En este sentido, y como he podido analizar en esta investigación, las trayectorias vitales de estas mujeres, la subjetividad de cada experiencia, los distintos antecedentes familiares, conforman identidades muy diferentes que se han forjado en un espacio aparentemente común: el de las comunidades de emigrantes españoles en Bélgica y

Alemania, en las intersecciones de tres mundos muy distintos, el del país de acogida, el de una España en pleno proceso de cambio y el de un microcosmos, el formado por las familias emigrantes, poco poroso al exterior y resistiéndose por todos los medios a dejar pasar influencias ajenas para no perder la identidad propia, pero también ya ajeno al país de origen e incapaz de reconocerse en los cambios de este.

Si para alcanzar los significados necesitamos tener en cuenta al sujeto y a su entorno, Scott (1994) propone un análisis posestructuralista que cuestiona categorías universales, como herramienta útil para analizar los significados y para descubrir la interrelación de oposiciones binarias cuyos significados dependen de un contexto particular y que, a la vez, se establecen para propósitos particulares. Para ello, considera muy útil el uso del término deconstrucción, que quiero recoger entendiéndolo, como lo entiende Nancy Fraser (2013), como una aproximación transformadora, que no reafirmadora, de las políticas de reconocimiento de identidades y diferencias de grupos y como un instrumento que permite la crítica fundamentada del modo en que se emplean las dicotomías clásicas y se toma partido por una u otra oposición binaria. El objetivo sería deconstruir el término “mujer” como categoría unitaria.

Asimismo, a la hora de examinar los conflictos a los que se enfrentaban las hijas de emigrantes en una tierra que les era a la vez propia y ajena, encuentro muy adecuada su propuesta de identificar dos concepciones de injusticia analíticamente diferentes como son la injusticia económica y la injusticia cultural que se encuentran interrelacionadas de forma dialéctica, de forma que se afirman mutuamente (Fraser, 1997:23).

El concepto de identidad, tan traído y llevado en las últimas décadas y tan, a la vez sometido a debate, ha sido sometido a la crítica antiesencialista de las concepciones étnicas, raciales o nacionales de la identidad cultural (Hall: 2003). Como señala Hall

(2003:2), de la misma manera en que una aproximación deconstructiva somete otros conceptos esencialistas a crítica, sin pretender sustituirlos por otros más verdaderos, así al concepto de identidad, que puede revelarse inadecuado, puede ponerse “bajo el borrado”¹, es decir que, aunque ya no sea tan útil para pensar con él en su forma originaria, no puede abandonarse, a falta de otro concepto más apropiado.

La construcción de las distintas identidades subjetivas por las hijas de los emigrantes españoles se basa en confrontaciones culturales muy diversas que entran en juego desde una visión de conflicto intercultural, que implica los efectos tanto positivos como negativos producto de unas relaciones de este tipo y que pretendo analizar al describir las historias de vida de estas mujeres.

4 La España que dejaron los emigrantes

En la década de los 50, contrastaba la situación económica de España con la de los países más industrializados de Europa: Alemania, Francia, Bélgica, Reino Unido, Suiza y Holanda². La autarquía económica como consecuencia del aislamiento internacional, la escasez provocada por los años de guerra civil y la insuficiente industrialización de un país eminentemente agrario, provocaron la emigración del campo a la ciudad solo entre 1960 y 1965 de más de dos millones de personas³, en unas condiciones de miseria que poblaron de chabolas los extrarradios de muchas capitales (García-Nieto, 2000). En contraste, en los países industrializados de Europa la situación

¹ Hall utiliza la expresión “under erasure”, traducción del francés “sous rature” usado por Derrida, que a su vez lo tomó de Heidegger, para referirse a una palabra no del todo apropiada al concepto que representa, pero que debe ser usada porque las limitaciones del lenguaje no permiten el uso de otra más adecuada.

² Fuente: Vilar, Juan B (2000), Las emigraciones españolas a Europa en el S. XX: algunas cuestiones a debatir. En *Migraciones y exilios: Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricos contemporáneos*. N°1, págs. 131-159. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es>

³ Fuente: G. Barbancho, Alfonso. (1967) Las migraciones interiores españolas y su repercusión sobre la población agraria. *Revista de Estudios Agrosociales*, N. 58, págs.371-393. Recuperado de## http://www.magrama.gob.es/ministerio/pags/Biblioteca/Revistas/pdf_reeap%2Fr200_13.pdf

era muy diferente. Tras solo diez o quince años de la II Guerra Mundial, gracias a los créditos del Plan Marshall y los esfuerzos de sus habitantes, sus economías se habían recuperado extraordinariamente, hasta el punto de hacer necesaria la mano de obra extranjera para cubrir las bajas producidas durante la Guerra Mundial. Entre un millón y dos millones de españoles dejaron su país para establecerse en varios países europeos, sobre todo Alemania, Suiza, Bélgica y Francia. En el año 1959, el Plan de Estabilización del gobierno español forzó a muchas empresas españolas a cerrar o a despedir trabajadores, por lo que el flujo migratorio se intensificó fuera de España, coincidiendo con la emigración de otros pueblos del sur de Europa también estancados económicamente, como los italianos, turcos, griegos y portugueses⁴.

La mayoría de los emigrantes españoles llegaban solos o en pequeños grupos procedentes de la misma zona, campesinos o trabajadores poco cualificados de empresas familiares o de la construcción, con un bajo nivel cultural y, en ocasiones, analfabetos. Por lo general, eran hombres jóvenes, las mujeres no alcanzaban ni el 20% durante la década de los sesenta, aunque progresivamente se fueron incorporando familias enteras. En muchas ocasiones eran personas con experiencia de migración interna y generalmente provenían de las zonas más empobrecidas del país: las dos Castillas, Andalucía, Galicia y Extremadura (Alba, 2009).

Los emigrantes que llegaban a las estaciones europeas se enfrentaban ya a un tremendo choque cultural: desconocimiento del idioma, desconcierto ante las preguntas de funcionarios y policías, certificados que se les exigían y cuya finalidad ignoraban...Y posteriormente, el traslado en grupo a barracones provisionales, en condiciones precarias y poco confortables (Fernández Asperilla, 2000). Pero nada de eso importaba, porque los emigrantes de los años sesenta a Europa consideraban la emigración como una solución transitoria para problemas económicos concretos, que se resolverían

⁴ Ver nota al pie #1

ahorrando lo suficiente para volver a España y establecerse allí montando un pequeño negocio del que pudieran vivir o comprando el piso que les permitiera casarse. Sin embargo, para muchos de ellos la realidad acababa imponiéndose, ya que, o no conseguían ahorrar lo necesario, o se hacía evidente que no bastaba con los ahorros conseguidos para poder montar un negocio o encontrar un trabajo a medio plazo (Alba, 2009).

De acuerdo con esta idea de transitoriedad, los emigrantes españoles no invirtieron mucho en capital humano para sí mismos, pero, curiosamente, sí lo hicieron en sus hijos, independientemente de que se quedaran en España o les acompañaran en la emigración (Fernández Asperilla, 2000). Por regla general, los emigrantes españoles no llegaban a aprender el idioma del país de acogida (Alba, 2009), o solo deficitariamente, con una ligera ventaja para las mujeres, lo que tuvo como consecuencia el aislamiento social de la primera generación respecto al país de acogida. Sin embargo, se hizo una gran inversión en los hijos, fomentando que estos aprendieran la lengua del país de residencia y que asistiesen a las clases de cultura española organizadas por los Centros Españoles y Casas de España. Hasta tal punto se fomentó el que los hijos se formaran adecuadamente, que, por poner un ejemplo, el porcentaje de hijos de emigrantes que han logrado realizar estudios universitarios en Alemania, es de los más elevados entre los distintos grupos de emigrantes durante los años sesenta.⁵

Los emigrantes españoles crearon una estructura asociativa propia que les fue de gran ayuda para paliar la nostalgia de la tierra que se dejaba atrás y el aislamiento que sufrían en las sociedades de acogida, estructura que funcionaba como una gran familia a la hora de prestar ayuda de todo tipo. Cuando los hijos empezaron a crecer, esta estructura se empezó a utilizar para organizarles una oferta de ocio y actividades

⁵ Fuente: Von Spiewak.(6 de Julio, 2006). Gut Angekommen. Die Zeit Online. Recuperado de <http://www.zeit.de/2006/28/B-Ausl-nder-Kasten>

recreativas que pudieran competir con las alemanas, con objeto de mantenerlos alejados de las costumbres de la población autóctona y así conservar las costumbres españolas que se consideraban “superiores a las del país de residencia” (Fernández Asperilla, 2000:72). Esta maniobra acabó por chocar con la segunda generación, que, en su mayoría, ya no se sentía identificada con los patrones que los padres trataban de imponerles, en gran parte, y paradójicamente, debido a los esfuerzos de esos mismos padres por conseguir una mejor integración de sus hijos en la sociedad de acogida. Como afirma Ana Fernández Asperilla (2000) uno de los motivos de conflicto familiar que tenían los jóvenes de la segunda generación, y que se reflejan en todas las entrevistas que he realizado, era que los padres trataban de inculcar a los hijos unos patrones de comportamientos que eran absolutamente ajenos a los de las sociedades de acogida, pero también ajenos a los de una España en rápido proceso de cambio, como los jóvenes tenían ocasión de comprobar durante sus vacaciones.

Sobre todo, eran las jóvenes hijas de los emigrantes españoles las que encontraban más difícil responder a las expectativas de los padres en cuanto al comportamiento que correspondía a la mujer española. Nacidas o, al menos, escolarizadas en el extranjero, se encontraban atrapadas entre dos mundos muy distintos. Más integradas que sus padres en las sociedades de acogida, sus patrones ideológicos y de conducta eran muy diferentes a los de sus padres, por lo que los conflictos familiares estaban a la orden del día. En la mayoría de los casos, las familias seguían los modelos tradicionales españoles, con un cabeza de familia masculino que no veía con demasiados buenos ojos que la madre de sus hijos trabajara fuera del hogar. En la España franquista se había prohibido el trabajo de la mujer casada si el marido tenía unos ingresos determinados, implantándose la Ley de Reglamentaciones de 1942 que obligaba a las mujeres a abandonar su trabajo al contraer matrimonio. A fines de los

años cincuenta, se introdujeron tímidas modificaciones a las leyes laborales y civiles que hacían referencia exclusivamente a mujeres solteras. Las casadas no podían disponer de sus propios bienes sin la autorización del marido, ni firmar contratos, ni abrir cuentas bancarias (Ortiz, 2006). Los principios ideológicos del Estado franquista se basaban en la autoridad y la jerarquía, implicando relaciones de subordinación que conformaban un sistema de género masculino en el que las mujeres constituyeron un elemento clave para una política estatal de dominio social y económico. El modelo de mujer como esposa y madre impuesto por el régimen caló hondo en la población española y pervivió durante toda la dictadura (García-Nieto, 2000).

Es un hecho constatado que las políticas estatales que regulan aspectos de la vida económica y social y determinan el marco jurídico de una sociedad tienen una gran influencia sobre la posición social de la mujer y el control que esta tiene sobre su propia vida (Moore, 2009). Como señala esta misma autora,

El Estado no se limita a regular la vida de las personas, sino que define ideologías de género y conceptos de «feminidad» y «masculinidad», y determina la imagen ideal a la que deben tender hombres y mujeres. Los postulados sobre la mujer y el varón expresados a través de la política oficial se ven corroborados por la actuación que dicha política impone a las personas (2009:156).

Carmen Gregorio (2011) propone hacer una reflexión sobre las cuestiones de género y migración apoyándose en dos ejes de teorización: la reproducción social y el cambio social. La reproducción social se centra en las desigualdades de género y otras desigualdades. La relevancia de la etnografía se pone de manifiesto en su capacidad para mostrar de forma contextualizada los procesos por los que se producen las diferenciaciones, así como las muchas significaciones de las prácticas sociales. Desde todas las posiciones feministas se está de acuerdo en que la organización del trabajo

doméstico funciona como base sobre la que se construyen las desigualdades de género. Tanto la composición como la organización de los distintos hogares repercuten en la vida de las mujeres y en su capacidad de acceder a recursos, trabajo o rentas.

La emigración permitió a muchas mujeres acceder al mercado laboral, pero, aun cuando esta incorporación fue intermitente y las españolas siguieron sometidas a los valores culturales de una sociedad patriarcal, y, además, sometidas a una triple discriminación por ser mujeres, extranjeras y pobres, para muchas la emigración fue una liberación (Cuesta, 2008) y este sentimiento se inculcaba en cierta manera en las hijas, que crecieron rebelándose contra el ambiente cerrado e impermeable al exterior que los emigrantes españoles estaban intentado construir, en una imposible recreación de sus comunidades de origen. Sobre estos aspectos vuelven una y otra vez tanto mis entrevistadas como sus madres.

En Antropología Social, el análisis de la producción y cambio en las relaciones y sistemas de género revela cómo se construyen y se transforman estas, contemplando los procesos de naturalización como herramientas que legitiman la desigualdad social (Gregorio, 2011). Los procesos migratorios materializan las conexiones, cruces e influencias entre diferentes concepciones culturales, permitiendo al acercamiento etnográfico profundizar en las relaciones, las identidades y las subjetividades genéricas. Las mujeres en una comunidad emigrante no están sometidas únicamente a la estructura de género de la sociedad de acogida, sino que también pueden estarlo a la de la sociedad de origen e incluso, de otras comunidades.

Por los testimonios que he recogido, algunas de estas hijas de emigrantes no solo tenían que luchar contra sus padres, sino con toda una comunidad dispuesta a reforzar la autoridad paterna en caso de conflicto, con el apoyo de las redes de españoles que se creaban en las infraestructuras asociativas, cuyos miembros se

“aliaban” para hacer volver al redil a las jóvenes más díscolas. En cualquier caso, parece que los esfuerzos para mantenerlas en los valores y costumbres españoles no siempre dieron fruto y las hijas de los emigrantes debieron construir su identidad en formas muy diversas y encontrar significados propios para el hecho de ser mujer. Cualquier acercamiento etnográfico a este mundo muestra que las realidades y subjetividades de las mujeres son complejas y cambiantes y difíciles de encorsetar en categorías estructurales (Gregorio, 2011).

La vida familiar de mis informantes y sus amigos más próximos se desarrolló en este contexto. Como la mayoría de los emigrantes que buscaban un futuro mejor durante estos años entre fines de los cincuenta y principios de los setenta del pasado siglo, sus padres, a excepción de las madres de dos de ellas, provenían de entornos rurales, idealizado el universo campesino por la propaganda del régimen como reserva y guardián de todo lo que era consustancial al «ser español» (Ortiz, 2006:7).

5 La vida entre varios mundos. Lo propio y lo extraño

Ana y Elena son primas por parte de madre. Las dos han nacido en Bélgica de madre española. Sin embargo, el padre de Elena, minero, es italiano, hijo de emigrantes en Lieja al que su madre, gallega, conoció al poco de llegar a Bélgica. Los padres de Ana, emigrantes españoles los dos, se conocieron en Bélgica y se casaron al poco tiempo, porque Ana se adelantó a la boda de sus padres. El padre de Ana, también minero, procede de un pequeño pueblo manchego en el que no dejó familia directa ni vínculos reales que añorar.

El padre de Carmen proviene de un pueblo grande de Andalucía. De carácter aventurero, recorrió toda Europa antes de asentarse definitivamente en Alemania, donde

vivió soltero algunos años antes de casarse con una chica de su mismo pueblo de origen, a la que trajo a vivir a la pequeña ciudad industrial en la que se ganaba la vida como obrero de una fábrica. Ana refiere que “la mentalidad era trabajar muchísimo, ahorrar muchísimo, comprar un coche estupendo y volver al pueblo”.

Ana, Elena y Carmen provienen de medios en muchos aspectos distintos, pero comparten, según sus testimonios, el haber nacido en comunidades muy cerradas, islotes aislados en mitad de una sociedad totalmente diferente a la propia, y que, en virtud de ese aislamiento, cada vez se diferenciaban más de una comunidad de origen que, de acuerdo con las transformaciones que en esa época estaba sufriendo España, cambiaba hasta asemejarse más al país de acogida que al pequeño mundo de los emigrantes españoles. Como afirma Ana:

Eran dos mundos y dentro de esos dos mundos, incluso tres, el español encerrado en sí mismo, el español encerrado en su comunidad, un español muy raro que de pronto se quedó anclado en ese mundo, en esa época y ya no fue capaz de evolucionar. AS_02.16

Estas tres mujeres siguieron trayectorias muy distintas, pero hay una aspiración que se repite en las tres: el deseo de libertad. Las tres se vieron creciendo en medio de mundos muy distintos y contradictorios, asfixiantes, en muchos casos, y, según sus circunstancias personales, optaron por una identificación diferente, la que encontraban más acorde con sus ansias de libertad. Elena, nacida en Bélgica de padre italiano, también nacido en Bélgica y que habla un español renqueante, se quedó en Lieja, pero se siente profundamente española y explica porqué:

Los belgas eran más...cómo decir...más libres, sobre todo las chicas, podían salir, salir con los chicos... nosotras también, mucho más del lado español...por la familia de mamá. La familia de papá era más italiana...mamá era como la “balance”... Las chicas ahora son tan libres

como aquí, pero allí [España] se vive fuera, pero quiero decir una palabra no mala, quiero decir al aire, fuera... Para mí no fue una multicultural, porque pude ver la diferencia en mi casa, que tenía mi padre italiano y todas mis primas y mi familia italiana y ahí aún era diferente, aunque las chicas, mis primas, veían la vida como yo...pero ellas tenían que enfrentar la mentalidad de la madre y del padre, que los dos eran italianos. Gracias a mamá que tenía ya otra educación, española, yo lo veía así... EP_04.16

Su prima Ana, por el contrario, no tenía contrapeso al opresivo mundo de la comunidad emigrante española y en cuanto cumplió los veinte años, en medio de una pelea familiar que duró muchos meses, abandonó Bélgica y se estableció en España,

En mi casa España era lo mejor, claro... y si se hablaba de algo era España, la tierra prometida, la tierra soñada, cuando seamos mayores nos iremos a jubilar a España y, entonces, yo, era pequeña, a mí me decían ¿tú qué quieres ser de mayor? Yo decía, "española"...entonces yo creo que por eso yo también había decidido que incluso, no tenía uso de razón, que yo era española y que yo iba a vivir en España y lo hice, bien, mal, etc....me da exactamente lo mismo, pero lo hice. No me arrepiento lo más mínimo, de hecho no me siento belga, pero paradójicamente, no me siento ya española. AS_02.16.

Carmen se quedó en la Alemania en la que había nacido, pero cortó amarras con la comunidad emigrante española en cuanto cumplió la mayoría de edad. Dejó su pueblo, "con 17 años me fui a hacer prácticas en otro pueblo y para mí fue la liberación". Carmen es la única de las tres que se siente más alemana que española, la única que se ha casado con alguien del país de acogida. Sus hijas apenas si entienden el español. Tanto para Carmen, como para Elena o Ana, la sensación era la de vivir entre dos mundos, entre dos aguas, lo que no siempre tenía consecuencias negativas

La consecuencia era una enorme riqueza, por un lado, te hacía más persona, tú eras más consciente de que eras una chica que tenías que luchar

por tus derechos, por tu vida y que no te dejabas manipular de cualquier manera, y por otro lado, te encontrabas con un mundo que era el mundo de casa, que tampoco te repugnaba, porque yo me sentía muy española, era muy extraño, aunque yo creo que me sentía más española en Bélgica que cuando vivía aquí. AS_02.16

En Lieja, las únicas posibilidades laborales que se ofrecían a los emigrantes eran, la mina para los hombres y el servicio doméstico para las mujeres, de hecho, para poder quedarse en el país a las mujeres les era necesario demostrar que se había trabajado durante un cierto periodo de tiempo en el servicio doméstico⁶. Para la madre de Ana y la de Elena, dos jóvenes hermanas procedentes de la clase media gallega, esta exigencia resultó humillante. Ellas, empleadas de Telefónica en la España de los años cincuenta, habían sucumbido a los “cantos de sirena” de un hermano emigrado unos años antes. “Mi hermano contaba de Bélgica cosas que no existían” dice la madre de Ana, y su hermana asiente, “me creía que en Bélgica se ataban los perros con longaniza”. La madre de Ana se casó muy pronto con otro emigrante español y su hermana, con gran escándalo de su cuñado, con un italiano. La vida en el pequeño mundo de los emigrantes en Bélgica discurría en paralelo a otros mundos muy diferentes, el belga, que los adultos procuraban evitar en lo posible, el español de las vacaciones, que había comenzado a divergir del de los emigrantes desde el mismo momento en que abandonaban España y los diferentes microcosmos que formaban emigrantes de otras nacionalidades, con los que, en general, no se compartía ningún sentido de pertenencia y que eran vistos con cierto sentido de superioridad. La madre de Elena, al casarse en Lieja con un migrante italiano, se dio cuenta pronto que si la España de los cincuenta era machista y cerrada, la Italia de la misma época, sobre todo el sur

⁶ El Convenio Hispano-Belga de 1956 acordaba el reclutamiento de mano de obra española para la minería, sector que motivó la firma de este tratado. Los trabajadores reclutados al amparo de dicho tratado debían permanecer obligatoriamente cinco años en este sector (inicialmente, tres años). Otros permisos de trabajo se concedían, temporalmente, en función de que hubiera o no trabajadores nacionales para una ocupación concreta. Ana Fernández Asperilla trata este tema en algunos de sus trabajos.

del que provenían la mayoría de los emigrantes en Bélgica, era aún más reaccionaria y hostil a las mujeres y tuvo pronto ocasión de comprobarlo: “la mentalidad de los italianos para mí no era la justa...muy distinta. La vida fue dura para adaptarme a la manera de vivir de las italianas”.

En este sentido y como dice Amelia Valcárcel en referencia a los diferentes sentidos en torno al término identidad del sujeto,

Nadie quiere ser otro; quiere quizá ocupar el lugar de otro, tener lo que tiene otro, pero ser otro (...) no constituye ninguna aspiración humana (...) el más humillado o maltratado de los seres humanos quiere ser seguir siendo él mismo, pero sin humillaciones ni malos tratos (1993:25).

Así, también los españoles que habían tenido que dejar su país, de acuerdo con los testimonios que he recogido, querían seguir siendo españoles y creían conservar su identidad siguiendo unas pautas ideológicas que no podían flexibilizar, so pena de parecerse a los otros, aquellos que, de todas formas, intuían, nunca les aceptarían por completo. Para los emigrantes españoles en Bélgica o en Alemania el mundo al que habían llegado era un mundo difícil, y, a veces, hasta hostil (Babiano, 2009:66), y se replegaron en sí mismos. En ocasiones, a esto se unían las políticas de integración que en esos momentos regían en países como Alemania, paternalistamente diferencialistas. En muchos estados alemanes, los hijos de los inmigrantes tenían el derecho (y la obligación) de asistir a clase en su propio idioma, medida bienintencionada que traía como consecuencia la segregación de estos colectivos (Brubaker: 2001), incluso en segunda generación y que denotaba la perspectiva temporal que del fenómeno migratorio tenían tanto el gobierno alemán como los emigrantes.

De la misma forma, como recordaba Ana, sus padres habían entrado en el país, pero el país no había entrado en ellos. El mundo belga no entraba en los niños hasta que estos no asistían al colegio, durante la primera infancia no salían del mundo cerrado que

las familias emigrantes construían buscando protección. Para los españoles ese mundo era un refugio, puesto que los belgas los veían como un grupo aparte, y, por consiguiente, ellos formaban un grupo “que se regodeaban en ser españoles”, como dice Ana, en una manera de reafirmarse en la identidad que tenían y de luchar para no perderla.

Estaban en un país en el que ellos tenían que intentar parecerse a los belgas, pero por otro lado, ellos querían seguir siendo españoles, entonces en casa eran ultraespañoles y fuera eran...querían dar una imagen de ultraliberales, no políticamente, pero sí de mentalidad . AS_02.16.

El lugar de trabajo era el único espacio donde los emigrantes españoles en la Europa de la segunda mitad del S. XX establecían relaciones con la población autóctona, unas relaciones que se veían muy condicionadas por la falta de dominio de la lengua. Los emigrantes no empleaban su ocio en aprender la lengua, ni en socializarse en el país de acogida, sino que el modelo recreativo se centró en el país de origen (Alba, 2009:100). Surgieron centros y asociaciones españolas donde la familia acudía a divertirse, transmitirse noticias, ayudarse en trámites administrativos o laborales y donde se organizaban actividades de ocio que seguían una pauta similar en todos los países europeos: fiestas con bailes, música y comida española, romerías, concursos de misses o clases de flamenco, guitarra y gaita (Alba, 2009). Todas las entrevistadas afirman que el desgarró de irse a otro país, sentirse raro, inferior, que te pagasen menos que a los autóctonos, no entender el idioma, era lo que provocaba el encierro entre ellos.

Para ella [su madre] era el sistema muy complicado, porque no sabía ninguno de los dos el idioma, mi padre no se había apuntado a cursos para aprenderlo ni nada...no pensaba en ese sentido en el futuro...mi madre sufría un montón, un montón...Aquí había muchos, muchos españoles y entonces se defendían entre ellos. Era como clanes, había misa en español,

centros culturales españoles, había comercios españoles, había personas que sabían traducir y te ayudaban...y entonces todos tenían el mismo sentimiento, todos se querían volver lo antes posible y nadie pensaba realmente que los años pasan y eso era todos por igual y entonces lo que hacían era añorar lo suyo y... en un par de años nos vamos, en un par de años nos vamos.... CG_04.16

El aislamiento en el que vivían los españoles en su pequeño mundo cerrado producía, en ocasiones, situaciones chuscas, como la que relata Carmen:

En cosas tan simples como: “el agua del grifo no se bebe” y todo el mundo compraba limonada...rollo...las familias alemanas sí que tomaban agua del grifo. Y así muchas cosas. Al no hablar con la gente que vivía aquí los españoles se hacían sus rollos y cada uno contaba algo... CG_04.16

Este mismo aislamiento, en gran parte producto del desconocimiento del idioma, además de provocar malentendidos también podría haber contribuido a la percepción por parte de los emigrantes españoles de que la mayoría de la población autóctona los rechazaba. Por ejemplo, Anja, buena amiga de juventud de Carmen, admite que el hecho de que los padres de esta no hablasen alemán, impidió la comunicación con ellos cuando la invitaban a reuniones familiares en las que mayoritariamente participaban miembros de la comunidad emigrante española:

Me parece una auténtica pena que no hablasen ni una palabra de alemán, porque me caían muy bien, pero desgraciadamente solo me podía comunicar con ellos por medio de gestos. Es una pena que llevaran tanto tiempo en Alemania y no hablasen apenas nada de alemán⁷. AJ_07.16

Hasta la adolescencia, los niños continuaban acudiendo con sus padres a los centros españoles, donde se reunían con los hijos de otros españoles y aprendían la lengua y la cultura españolas, pero, como señala Alba, según iban creciendo

⁷ Traducción propia del alemán.

El mundo recreado por sus padres, la sociedad de origen, fue visto como una especie de lastre, que les impedía identificarse con el país de residencia y les estigmatizaba como extranjeros (2009:101).

Carmen recuerda que su conocimiento de las costumbres típicas alemanas solo se produjo cuando entró en el colegio. A pesar de haber nacido en Alemania, solo conocía las tradiciones españolas, las fiestas españolas, las canciones españolas, pero una españolidad momificada, por decirlo de alguna manera:

Todo el mundo cantaba rumbitas pachangueras, que creo que en España no conoce nadie. Todo el mundo muy agitanao y todo el mundo cantaba eso y yo quería salir de eso. Era una forma muy artificial y me quería separar de eso...aquí la gente son (sic) muy patriotas, muchísimo más que la gente que está en España. Los españoles son los mejores. Todo el mundo tenía que bailar y cantar sus rumbas y con eso ya eran españoles. CG_04.16

Los emigrantes que salieron de España en los años sesenta o en los setenta del pasado siglo, por su peculiar situación de aislamiento, tanto del país de acogida, como del de origen, no hay que olvidar que las tecnologías de comunicación y transporte no eran las que hay ahora, vivían con esa mentalidad de la que el país que habían dejado atrás ya había comenzado a separarse. Sin ser plenamente conscientes de ello, quedaron estancados en tierra de nadie y cuando sus hijos, escolarizados y socializados en parte en un país extranjero fueron creciendo, los conflictos dentro de las familias se agudizaron (Fernández Asperilla, 2000). Carmen piensa que ellos no veían la vida real en España, creían que todo seguía igual allí. Ellos no se enteraban de lo que era la vida allí durante el breve periodo de tiempo que permitían las vacaciones.

A fin y al cabo, España en los años ochenta cambió mucho, en las vacaciones veía que la gente en España se parecía a la de Alemania, pero aquí la gente...era todo muy atrasado...y la evolución era muy lenta. Mi

padre sigue hablando como si estuviera en el campo todavía y eso que las expresiones que tiene tú no las escuchas allí...bueno, algún viejo de noventa...y eso aquí, mucha gente. CG_02.16

Quizás los emigrantes españoles no se enteraban nunca de nada de lo que pasaba alrededor, como dice Carmen, porque solo se relacionaban entre ellos y, en su mayoría, jamás aprendieron el idioma de la sociedad en que vivían, ni advertían como iba cambiando su propio idioma en el país de origen, de forma acorde a los cambios que este experimentaba, pues no hay que olvidar, a este respecto, que la cultura está organizada y es organizadora por el lenguaje, a partir de las experiencias vividas, de los conocimientos adquiridos, de las habilidades aprendidas (Morin, 1986).

En España cuando yo tenía quince, dieciséis años, la cosa estaba cambiando bastante. Pero en Bélgica no evolucionaban ni con el país de origen, ni con el de acogida porque no entendían el idioma y entonces se quedaban anclados en ese mundo cerrado y entonces en ese mundo tan cerrado todas esas actitudes que tenían unos y otros se amplificaban mucho. AS_04.16

Cultura y sociedad están una relación generadora mutua en la que los individuos son transmisores y portadores de cultura y estas interacciones hacen que la sociedad y la cultura se regeneren. Los emigrantes españoles procuraban reproducir los elementos más significativos de su cultura de origen para no perder su identidad en los países de acogida, pero al ser los contextos totalmente diferentes, lo que hacían era reinterpretar, o inventar su identidad de españoles. La identidad cultural no solamente se crea en la difícil tensión y en la interacción entre mundos concretos, ni se crea solamente con hechos objetivos, sino también con factores como la fantasía o la imaginación. (Appadurai, 1998). Los emigrantes se aferraban a su lengua y sus tradiciones, “representaban a España con una falda rociera, inventándose romerías y eso es una cosa

con la que no puedo y para mí no tiene nada que ver con el sentido de ser español” dice Carmen. Como afirma Anderson (1993), aunque pueda parecer extraño que los objetos de apego sean imaginados, con el amor a la patria ocurre como con otros tipos de afectos, en los que siempre hay un componente de imaginación afectuosa. Lo que el ojo es para el amante, continúa Anderson, la lengua es para el patriota.

6 El ingreso en la escuela. Nuevos modelos de ser niña

Una característica común en la primera infancia de la mayoría de los hijos de los emigrantes españoles en los años sesenta y setenta, era el hecho de no tener apenas contacto con niños del país de acogida, persiguiendo los padres mantener a sus hijos en una especie de “pureza” de las costumbres y valores del país de origen (Fernández Asperilla, 2000:72). Como he apuntado más arriba, las familias emigrantes acostumbraban a pasar los tiempos de ocio en los centros españoles y Casas de España o visitándose entre sí, por lo que los niños españoles no tenían una clara conciencia de vivir en un país que a los padres era extranjero. Las relaciones entre familias eran tan estrechas que entre todos formaban una especie de familia extensa, como en el caso de Ana, que hasta cumplida cierta edad no se enteró que los niños que ella llamaba primos y primas no tenían ninguna relación de parentesco con su familia. Como afirman Comas y Pujadas (1991), las relaciones de parentesco se reactivan en situaciones difíciles para los sujetos, como pueden ser los procesos migratorios, ejerciendo otros lazos de dependencia personal, como la amistad o la vecindad, funciones muy similares a las que proporciona el parentesco (Comas y Pujadas, 1991:37) Según estos autores, “es muy frecuente que la moralidad del parentesco se traslade a las relaciones de paisanaje o de vecindad (que, a su vez, pueden ser coincidentes), hasta tal punto que los límites

entre ellas pueden llegar a difuminarse e, incluso, desaparecer” (Comas y Pujadas, 1991:42).

Era bastante infrecuente que los emigrantes enviaran a los niños a las guarderías, como sí ocurría con los niños belgas y alemanes; de acuerdo con lo manifestado por mis informantes, las madres españolas de su entorno raramente trabajaban fuera de casa mientras los hijos eran pequeños, lo que traía como consecuencia que durante los primeros años de vida, a pesar de haber nacido en Bélgica o en Alemania, los niños hijos de emigrantes no sabían una palabra del idioma de la sociedad de acogida, con el consiguiente retraso escolar que esto provocaba⁸, lo que, a su vez, retroalimentaba ideas preconcebidas sobre la incapacidad de adaptación de estos niños. Por ejemplo, el sistema escolar alemán separa a los niños desde edades muy tempranas para dirigirlos a tipos de escuelas diferentes, según sus capacidades académicas⁹. Según cuenta Carmen, la mayoría de los niños hijos de emigrantes eran encaminados hacia las escuelas que daban acceso únicamente a distintos grados de formación profesional, aunque más adelante no pocos de ellos realizaron los cursos-puente para acceder a la formación universitaria.

La falta de conocimiento del idioma del país de acogida provocó, según la opinión generalizada de mis informantes, que la entrada en el colegio constituyese un acontecimiento traumático para muchos niños españoles, sobre todo para aquellos que se escolarizaban en el país más tarde que los otros niños, bien fuera porque habían nacido en España y venían ya con cierta edad, o bien porque hubiesen pasado los primeros seis años de su vida en el entorno protector de la comunidad emigrante

⁸ Durante el transcurso de mi trabajo de campo he tenido ocasión de escuchar, en más de una ocasión, los trastornos que la falta de conocimiento del idioma ocasionaba a los pequeños hijos de los emigrantes españoles, sobre todo en los primeros años de escolarización. Hay que decir también que un gran porcentaje de ellos superaba esta etapa sin mayores problemas a los pocos años. Para más información, el artículo de Von Spiewak.(6 de Julio, 2006). Gut Angekommen. Die Zeit Online. Recuperado de <http://www.zeit.de/2006/28/B-Ausl-nder-Kasten>

⁹ Para más información sobre el sistema escolar alemán , <https://www.justlanded.com/espanol/Alemania/Guia-Alemania/Educacion/El-sistema-escolar-aleman>

española. La madre de Carmen se dio cuenta un año antes de comenzar la enseñanza obligatoria de que esta sería en alemán y que su hija no conocía el idioma. Dudó mucho antes de enviarla a la guardería a los cinco años, porque nadie de su entorno había hecho algo parecido, pero, al final, la inscribió allí. De todas formas, ese año no fue suficiente para darle a su hija una base para el colegio. Carmen recuerda que

Yo entré en la guardería, porque aquí los niños con tres años normalmente suelen ir a la guardería y mi madre me llevó con cinco años y medio que tenía, poco antes de entrar al colegio, porque dice “oh, va a entrar al colegio y no va a saber hablar el alemán” y como había muchos españoles que no llevaron a los hijos a la guardería, pues ella hacía lo que hacían los demás, pues ella... notaba que algo no le funcionaba bien, pero yo entré a la guardería y yo me acuerdo que yo decía... “que idioma más raro que hablan” ...cuando yo entré en el colegio yo me harté de llorar porque yo no me enteraba de nada. CG_04.16

Esta informante cuenta que hasta los diez años su nivel escolar estuvo muy por debajo del de los niños alemanes y, siendo una niña tímida e inteligente, este hecho le causaba cierto resentimiento y ya desde muy pequeña sintió la necesidad de escapar de lo que ella más tarde llamaba el “gueto”. Durante los primeros años de escuela su contacto con los niños alemanes era mínimo, ya que por las tardes debía acudir al colegio español. “Iba al colegio español por las tardes mientras los niños alemanes iban a grupos de la iglesia o a actividades deportivas, pero yo nunca fui a nada de eso”

Cuando mis informantes expresan sus sentimientos identitarios a lo largo del relato de sus vidas, lo hacen describiendo, no un estado, sino un proceso, y un proceso que aún no ha acabado, poniendo de manifiesto con sus testimonios lo difícil que es adjudicar una identidad a los sujetos por el hecho de pertenecer a un colectivo determinado. Por eso considero muy útil el concepto de identidad cultural que presenta Hall, no esencialista, sino “estratégico y posicional” (Hall, 2003:3), alejándose de la

concepción de que existe un núcleo colectivo y verdadero inmutable, un auténtico “ser”, oculto bajo las capas de otros “seres” impuestos, un núcleo que gente con una historia común comparte y que fija una pertenencia cultural subyacente a otras diferencias superficiales.

De la misma manera que Carmen, al ir creciendo en un mundo distinto al de la comunidad emigrante, sentía la necesidad de escapar de esta, cuando Ana narra su experiencia, recuerda que sus problemas empezaron cuando ella y sus hermanos comenzaron a ir al colegio y el francés se convirtió en el idioma principal, porque su padre no entendía el idioma, ya que, de hecho, en cuarenta años de estancia en Bélgica nunca lo aprendió. La madre de Ana, procedente de un nivel sociocultural superior al de su marido, sí aprendió a hablar francés y el padre, que parecía sentirse minusvalorado por las habilidades de su esposa e hija, se enfurecía cuando oía hablar francés y se negaba a admitir en su casa nada que él no reconociera como genuinamente español.

Los hijos entramos en el mundo belga de verdad en cuanto llegamos al colegio...entonces a mí, en cuanto cumplí tres o cuatro añitos, no lo sé muy bien...no sabía ni francés, en casa se hablaba castellano, entonces en cuanto yo fui al colegio que empezó a haber otro país, es decir, era como la pequeña España dentro de una tierra extranjera y de pronto, pues no, nos dimos cuenta los niños (...) que estábamos en Bélgica. De hecho, es gracioso, porque los hijos todos empezamos a hablar francés y como era el idioma que realmente trabajábamos todos los días, pasó a ser el idioma principal para los hijos... Entonces ahí empezaba la dicotomía, dos mundos que se entrelazan y ahí empezó también el problema, sobre todo por parte de mi padre que no entendía francés, ni entendió jamás... AS_O2.16

En el colegio Ana empezó a familiarizarse con un mundo muy distinto al de la comunidad emigrante, con unas reglas distintas a las que imponía su padre; más libertad para las chicas y más igualdad y eso comenzó a ocasionar conflictos en casa:

La mayoría de los hombres eran como mi padre, si no eran de una manera eran de otra, eran un poco así; mi infancia fue muy dura porque estaba entre dos mundos, porque en el colegio te decían que tenía los mismos derechos que los chicos y luego mi padre decía que teniendo dos mujeres en casa para que iban a hacer nada él y sus hijos. AS_O2.16

Su cuñada Noelle, belga, a la que ha conocido ya de adolescente, cuenta que de pequeña creía que las niñas españolas eran mucho más libres que las belgas, de hecho, su mejor amiga de entonces

No tenía horario ninguno, se iba sola de compras, es ella la que explicaba las cosas de la escuela a su madre, porque la madre no sabía leer el francés. Ahora pienso que mi amiga ya era más adulta que todas nosotras a la misma edad y que su madre tenía tanto trabajo en casa que no podía vigilar ni controlar mucho lo que sus niños/niñas más mayores hacían cuando no estaban en casa. ND_04.16

En casa de Ana la situación era muy similar a la descrita con Noelle. Con tres hermanos varones, uno de ellos disminuido psíquico, su madre se encontraba sobrepasada, y era ella la encargada, desde muy niña, de atender a sus hermanos, y ayudar en las faenas domésticas, a pesar de que la diferencia de edad entre ellos era mínima.

En casa siempre era: a ver, chica, vete a ayudar a tu madre a la cocina...como mi padre decía, tú cómo quieres casarte algún día, si no sabes coser, no sabes tricotar, no sabes freír un huevo, todos los días era un reproche eso...Yo estaba programada para ser una buena esposa y una buena madre y eso estaba en el cerebro de mi padre. AS_02.16

Encontrar tendencias generales acerca de un sistema de género común es más un deseo de quienes investigan forzados por las propias categorías, interrogantes y métodos, que una realidad (Gregorio, 2012:581). Como señala esta autora, aun

asumiendo que la emigración y las relaciones sociales específicas que esta trae consigo, tienen un peso específico importante en las historias de las mujeres concretas, hay que superar la tendencia a crear categorías lineales y homogeneizadoras para acercarse a las realidades y experiencias de mujeres particulares. Las subjetividades de las mujeres son diversas y cambiantes y difíciles de aprehender, incluso cuando se tienen en cuenta variables añadidas como el lugar y familia de origen, el estado civil, la edad, u otras variables. La misma situación que para Ana era insostenible, para su prima Elena, era paradisíaca, en comparación con la percepción que tenía de los hogares de sus primas napolitanas. Elena, en cuyo hogar se hablaba varios idiomas, con un padre de origen italiano, pero nacido ya en Bélgica y una madre española, estaba mucho mejor pertrechada que Ana para enfrentarse al ambiente de la comunidad española, que ella consideraba más libre, que la constituida por su familia italiana, también inmigrantes en Lieja. Elena que habla francés, español e italiano, ya de muy niña se decantó por ser española. “La identidad”, afirma Celia Amorós (2009:78), tiene mucho que ver con “lo que han hecho de nosotros”: connota pasado, determinación adscriptiva. Para Amorós, aunque los términos identidad y subjetividad acostumbren a usarse como sinónimos tienen matices muy diferentes. La subjetividad se relaciona con la libertad, la elección y el proyecto, mientras que a las mujeres se les adjudica “el *deber de la identidad*”¹⁰. Por todo ello, afirma Amorós (2009: 78) “hay que poner en cuestión los subtextos de género respectivos de la identidad cultural y de la subjetividad, virtualmente universalista”.

Hay dos palabras que aparecen muy a menudo en las conversaciones con Elena, “libertad” y “mamá”. Para Elena todo lo mejor que ha aprendido se lo debe a su madre y, puesto que su madre es española, ella se siente, por encima de todo, también española. Incide muy a menudo en la esmerada educación de su madre, en contraste con

¹⁰ La cursiva es mía.

la de su padre y en la mayor libertad de las costumbres españolas contraponiéndolas a las napolitanas de la familia paterna. “Estoy orgullosa de haber tenido una educación española, más que la parte belga y la parte italiana” afirma. La personalidad carismática de la madre de Elena logró lo que la presión de otros padres emigrantes de su entorno no consiguieron: que todos sus hijos se sintieran, en primera línea, españoles. Elena, a pesar de seguir viviendo en Bélgica y hablar un español cada vez más defectuoso, sigue cultivando la “españolidad” contra viento y marea: aunque su madre es de origen gallego, acude a clases de flamenco todas las semanas e intenta reproducir en su casa (su marido, del que está divorciada, también es de origen italiano) cierto ambiente que ella interpreta como español. Las identidades se van construyendo, parcialmente, en un complejo entramado de categorías y narrativas identitarias sobre nosotros mismos y los otros (Vila, 2000:90). En este caso se aprecia cómo los lugares recordados actúan como anclajes simbólicos de una comunidad para aquellos grupos que han debido abandonar su tierra, especialmente para los inmigrantes que deben crear su propio mundo a base de la memoria del lugar de origen (Gupta y Ferguson, 1997). Elena reconoce que España se convirtió para ella y todos sus hermanos en un lugar idealizado, “las vacaciones en España eran el momento mágico, soñábamos todo el año con ello”.

7 Relaciones de poder en el ámbito doméstico

Joan Scott (1994:1) se pregunta” en qué contextos específicos, entre qué comunidades específicas de personas y mediante qué procesos sociales o textuales se adquiere el sentido” y qué es lo que descubren estos procesos sobre las maneras en que se forma y opera el poder. En el análisis post-estructuralista que ofrece Joan Scott (1994), esta define el género como el discurso de la diferencia entre los sexos.

Diferencia social, puesto que discursiva, diríamos. Este discurso de la diferencia opera lo mismo como un sistema significador de diferenciación, en el que la identidad se crea discursivamente y las diferencias de clase, género o etnia son mutables, en cuanto a que son construcciones, que como un sistema específico de diferencias que son determinadas por el género (Scott, 1994:7). Este sistema, prosigue Scott, producen significados de género que se construyen de forma dicotómica y jerarquizante, implicando relaciones de poder, en el que los significados masculinos son más valorados que los femeninos.

Siguiendo el concepto de discurso foucaultiano, Scott (1994) reconoce que la formación de los significados implica conflicto y poder y que el conocimiento también se materializa en las relaciones sociales como son las de padre o madre/hijo/-a, esposo/esposa. Los campos discursivos que se superponen, se influyen y compiten, invocan supuestas “verdades” para legitimarse. Para analizar el discurso es necesario plantearse quien habla, qué enunciados circulan, cuáles de estos se aceptan como normas y cuáles se rechazan y qué relación tienen con los ámbitos institucionales en los que encuentran su origen legítimo. Estos discursos se pueden identificar en el ámbito doméstico de las familias emigrantes que, a tenor de lo expresado por mis informantes, parecen haber sido generadoras de conflictos en relación al género

¿Cuál era la España que habían dejado atrás los emigrantes? La dictadura franquista trató de imponer un modelo de sociedad por medio de una política que no solo negaba a las mujeres la autonomía individual y las recluía en el ámbito doméstico, sino que, además, pasaba por convertirlas en el puntal de la moralidad social. Las mujeres en las primeras etapas del régimen franquista se vieron sometidas por una legislación que intentaba circunscribirlas a roles femeninos tradicionales, a contracorriente de los cambios que estaban teniendo lugar en toda Europa. El discurso

oficial reforzaba el papel de la mujer dentro de la familia y el hogar. En una primera etapa, en un intento de frenar el éxodo del campo a la ciudad se idealizó el mundo rural como reserva de lo “español”. La pureza del ambiente, la separación de sexos, se impuso desde un gobierno que, de la mano de la Iglesia, consideraba cualquier expresión de promiscuidad un quebrantamiento de la moral católica y, por tanto, muestra de “exotismo antiespañol” (Ortiz, 2006). Hay que considerar que, para las mentes del Régimen, “promiscuidad” era un término lato que englobaba lo mismo la convivencia laboral de hombres y mujeres, que los bailes públicos o la asistencia a piscinas. Los cambios económicos que se produjeron a fines de los años cincuenta y el proceso de apertura de España hacia el exterior comenzaron a modificar también la sociedad española y a comienzos de los sesenta estos eran ya imparables.

Las movimientos migratorios españoles a diversos países europeos comenzaron ya en los años cincuenta y se componían principalmente de hombres provenientes del medio rural, de las regiones más desfavorecidas económicamente, muchos de zonas del interior y, normalmente, con un bajo nivel cultural. Aunque algunos de ellos ya habían formado una familia en España, muchos de ellos eran jóvenes y solteros y formaron sus familias con otras jóvenes emigrantes como ellos, y, frecuentemente con novias procedentes de su lugar de origen. Este bajo nivel sociocultural junto al discurso inmovilista que promovía la dictadura parece haber provocado que las familias emigrantes fueran extremadamente conservadoras en sus comportamientos, lo que unido a una “hiperespañolización” de las costumbres en un intento de mantener una identidad que se pensaba amenazada por la distancia, creaba unos modos de entender la familia que cada vez se alejaba más de la evolución que esta iba poco a poco experimentando en España, por no decir de cómo esta iba cambiando en los países de recepción.

A Noelle, la cuñada belga de Ana, lo que más le llamaba la atención de niña fue la cantidad de hermanos y hermanas que tenían sus compañeros de clase de origen español¹¹. Su mejor amiga tenía nueve hermanos de todas las edades. Aunque en la Bélgica de los años sesenta las familias belgas aún solían tener más de dos hijos, pocas veces llegaban a cuatro. Noelle recuerda que la madre de su amiga se quedaba siempre en casa y llevaba constantemente un delantal. Nunca la vio fuera de su casa.

Aunque no hay un patrón fijo que determine si las madres se mostraban más abiertas al exterior que los padres, estos, por regla general encontraban los cambios más amenazantes, cambios que procuraban que no entrasen en sus hogares, intentando cerrarlos a la influencia exterior. Sobre todo cuando la autoestima podía verse minada por un trato denigratorio, en presencia de sus esposas, por parte de la población autóctona. Si bien casi ninguna de las mujeres entrevistadas ha hecho especial hincapié en el tema de la xenofobia, sí que se menciona el tema, relacionándolo a experiencias vividas especialmente por sus padres.

Había mucho racismo aquí también. Mis padres...mi madre lo dice, que el primer día que llegó aquí quisieron ir a cenar y dijeron que no, que a extranjeros ellos no le servían y se tuvieron que ir a otro sitio a cenar. Y entonces mi padre la llevó a casa de paisanos, la gente que aquí se conocía y hacía amistades era como una familia. CG_04.16

A este tipo de incidentes, que para los hombres debían ser muy humillantes, se sumaba el hecho de que, a pesar de la oposición de la mayoría de los maridos, las mujeres buscasen también empleos con los que redondear el presupuesto familiar. Aunque el salario de las mujeres, como señala Soledad Murillo (1996:116) suele

¹¹ Para comparar las tasas de fertilidad entre España y Alemania durante las décadas de los 60 y 70 del pasado siglo consultar el enlace http://www.bib-demografie.de/DE/ZahlenundFakten/06/Tabellen/t_06_01_zusgef_geburtenziffer_europ_laender_ab1960.html?nn=3073514 . Para consultar las de Bélgica en el mismo periodo <http://perspective.usherbrooke.ca/bilan/tend/BEL/fr/SP.DYN.TFRT.IN.html>

considerarse una “ayuda al presupuesto familiar” y está afectado por su carácter complementario respecto al salario masculino, también ofrece recompensas, no solo económicas, sino aumentando la autoestima de las mujeres, autorizándolas y otorgándoles credibilidad (Murillo, 1996:108).

La ideología “familiar” basada en una definición de clase media que contempla al padre como el sostén de la familia y a la madre y los hijos como dependientes de él, suele chocar con la realidad de unas clases trabajadoras que no pueden mantener el hogar con un solo salario (Moore, 2009). Tanto Carmen, como Ana o Elena recuerdan que sus padres se negaron en principio a permitir que sus mujeres trabajasen, a pesar de la evidente necesidad. La madre de Ana, por ejemplo, que trabajaba cuando conoció a su marido, lo dejó en cuanto se casó, por expreso deseo de este. Una tragedia familiar motivó que volviera al trabajo como terapia, ante la irritada oposición de su marido, “fue un escándalo, se pasó un mes sin hablarme”, dice.

Para Noelle la vida de las hijas de las emigrantes españolas eran muy similares a las que habían tenido su madre y su abuela, belgas las dos. Aunque de niña admiraba lo que creía que era independencia de las niñas de origen español, de adolescente se sorprendía de las diferencias entre las chicas españolas y sus hermanos:

Los chicos tenían mucho (sic) más libertades...libres de salir con los amigos...sin horarios...libres de cambiar de novia cada día...de sentarse en el sofá mientras la madre o la hermana calentaba la comida...ND_04.16

A pesar de que el objetivo del proyecto migratorio era ahorrar lo más posible para volver a España tan pronto como se pudiese, los comportamientos familiares contradecían este objetivo. Aparte de la oposición de los maridos a que sus esposas trabajasen, la mayoría de las familias tenían un número de hijos lo suficientemente elevado como para hacer imposible la vuelta. La influencia del discurso franquista,

basado en una ideología patriarcal y nacional-católica, que había diseñado un prototipo de mujer cuyo espacio debía reducirse a la familia y a “proporcionar hijos a la Patria” (Ortiz, 2006:3) estaba demasiado anclado en el pensamiento de los emigrantes, lejos de los vientos de cambio que estaban empezando muy lentamente a mover a la sociedad española. Volvemos aquí a Joan Scott (1994) para analizar las relaciones de conflicto y poder en las relaciones de género. Scott nos recuerda que los significados de género están ligados a muchos tipos de representaciones culturales que establecen los términos según los cuales se organizan las relaciones entre hombres y mujeres. Si queremos analizar las relaciones de género en el seno de las familias emigrantes españolas debemos evitar las oposiciones binarias. En el discurso patriarcal, las oposiciones hombre /mujer muestran como opuestas realidades interdependientes y jerárquicas, en la que una de las partes, es la subordinada. Pero, y aquí seguimos a Scott, no podemos ignorar las diferencias entre individuos ni aceptar que dentro de las categorías masculino/ femenino se puedan suprimir las diferencias que existen dentro de cada una de las categorías. Por ello, tampoco podemos simplificar las realidades domésticas en las que crecieron las hijas de los emigrantes españoles que aquí presentamos, aun cuando haya ciertas pautas más o menos comunes. Por regla general, según mis informantes, parece que los hombres mostraban conductas más sexistas que las madres, tendían a erigirse en el único sostén económico de la familia y a controlar más las conductas de las hijas, pero en muchos casos esto podía ser debido al temor a perder la posición dentro de la unidad familiar frente a los cambios que provocaban en el hogar los influjos de una cultura extranjera.

Aunque casi todos los emigrantes de los años 1960 y 1970 procedían de extracción sociocultural baja, esto no siempre era cierto, y estos datos hay que tenerlos también en cuenta a la hora de analizar el contexto en el que crecían sus hijos. Por

ejemplo, las madres de Ana y Elena tenían estudios medios y habían trabajado en oficinas en España, mientras que la de Carmen solo tenía estudios básicos y su experiencia laboral antes de abandonar el país había sido en el servicio doméstico. Pero hay estudios que sugieren una mayor adaptación de las mujeres españolas en general, independientemente de su extracción social, al nuevo medio y a la integración en el nuevo sistema sociocultural (Cuesta, 2008). Tanto Ana como Elena reconocen la importancia que sus madres han tenido como modelos y en su formación. Ana creció en una familia donde el contraste entre sus padres era especialmente llamativo. Al contrario que su madre, su padre no tenía ni siquiera los estudios básicos. Aunque para la madre quedarse en Bélgica supuso bajar un escalón en la posición social, esperaba encontrar en el país de acogida unas ventajas que en el propio eran imposibles de obtener: “mi madre se quedó porque encontró una libertad que en España no encontraba, aún era todo muy retrógrado. Tenía muy limitada su vida personal. Pensaba que en Bélgica no tendría que dar cuentas a nadie”. Ana considera que su madre cometió un error al no calibrar el asfixiante microcosmos de la comunidad emigrante, ni la oposición frontal de su marido a que trabajase fuera de casa: al casarse, toda su vida se centró exclusivamente en su marido y sus cuatro hijos. Las actividades de ocio se hacían en común con el resto de las familias emigrantes. Dentro del hogar su marido desahogaba su frustración con reproches. Para su hija Ana, nada distinto de otras familias de su entorno: “La especialidad del hombre era creer que todo lo que pasaba en el ámbito doméstico era culpa de la mujer. La mayoría de los hombres compartían ese sentimiento”. Cuando nació su segundo hijo, disminuido psíquico, la presión se tornó intolerable, por lo que a pesar de la oposición de su marido, volvió al trabajo. Para ella, como afirma su hija, fue una liberación.

Como he apuntado más arriba, no hay que caer en la tentación de establecer dicotomías simplistas. Ni las madres eran tan abiertas ni los padres tan cerrados. La infancia de Ana no fue muy fácil. Incluso para los estándares de la época, los castigos físicos que sufrió a manos de su padre fueron excesivos. Pero, durante su niñez, ella jamás se dio cuenta del consenso entre sus padres a este respecto, “mi madre daba la orden y el ejecutivo era mi padre, pero yo solo veía la mano de mi padre”. Mientras que ella tenía mucha complicidad con su madre y jamás la hizo responsable del trato que recibía, “mi madre siempre me transmitió una idea de sufrimiento”, Ana reconoce que “odiaba profundamente” a su padre. “Para mi padre, que fue mi mayor problema... porque yo era una chica...si mi padre no hubiera tenido una hija, le hubiera ido mejor”¹². Para Ana, en general, a los chicos los trataban mejor en las familias y aunque por regla general los emigrantes trataban de no desentonar entre los belgas, y de puertas para afuera querían dar una imagen de mentalidad abierta, dentro de la comunidad emigrante querían seguir siendo españoles y el choque era brutal:

El ambiente en Bélgica era de respeto, mucho más respeto a la mujer comparado a España y lo que era bien visto incluso entre la emigración era que también se adaptaran, pero muchas veces no tenían esa capacidad, igual que mi padre nunca tuvo esa capacidad, nunca jamás, ni de respeto a la mujer, ni tampoco con el idioma, pero él quería, tenía ese conflicto grande. AS_02.16

Su prima Elena se deshace en elogios a su madre y piensa que tuvo mucha suerte de tener una madre para la que los chicos y las chicas tenían los mismos derechos. Curiosamente, atribuye a la “buena educación española” que les dio su madre, la

¹² La Dra. Hernández Corrochano llama mi atención sobre el fundamento emocional, “experiencial”, diríamos, del feminismo. Citando a Amelia Valcárcel que apunta que “cuando comienza tu adolescencia y comienza tu mirada sobre el mundo, ya es una mirada dónde estás situada pero también donde te van situando”, H. Corrochano señala cómo el contacto con otras sociedades “despierta en el sujeto femenino una especie de ideología feminista y del cambio en los roles de género”. El comentario completo de A. Valcárcel puede encontrarse en el capítulo Estudios feministas en las universidades españolas. Una aproximación a través de las historias de vida de Elena H. Corrochano. En *Entre mujeres te veas*, 2012.

libertad, relativa, que disfrutaba. Elena cree que la madre atendiendo a que las chicas eran más libres en Bélgica, las dejaba más a su aire de lo que hubiera hecho su padre y que este “intentaba ponerse al nivel de mamá”. Según Elena, para la que su madre era “la luz de la casa”, tuvieron mucha suerte en contar con ella, ya que al comparar con sus tías y primas italianas, también emigrantes en la misma ciudad que su familia, le parecía que tenía más libertad que estas y que se la respetaba más que a sus primas. A Elena, el respeto de los hombres a las mujeres en España le parecía mayor que en Italia, y cuenta cómo su familia italiana no salía de su asombro al ver que su padre le dejaba usar el coche familiar siendo una chica.

Carmen destaca el pavor que sentía su madre ante el juicio de la comunidad de emigrantes. Aunque su padre no se sustraía al pensamiento común, por su modo de ser dejaba más los asuntos domésticos en manos de su mujer y esta vivía en continuo desasosiego por lo que ella consideraba un exceso de independencia por parte de su hija. Para Carmen su principal problema no estaba dentro de casa, sino fuera, en la gente con las que se reunían sus padres, la gran familia que sustituía a aquellas que habían dejado atrás en España. Después de todo, un inmigrante fuera de su entorno sociocultural ordinario necesita replantearse tanto su lugar en el mundo como la/s colectividad/colectividades con las que se identifica (Ramírez Goicoechea, 2011).¹³ A la madre de Carmen le parecía que su hija hacía “todo al revés” e intentaba ocultar las acciones de su hija ante los demás en la medida de lo posible. Independientemente de que a ella misma los comportamientos de su hija le parecieran más o menos objetables, parece que el temor al rechazo de las únicas personas a las que podía llamar familia y de las que, en tantos aspectos, eran tan dependientes, le hacía extremar la vigilancia sobre su hija. Esto no impidió a Carmen irse de su casa en cuanto las circunstancias lo

¹³ Parte del sentimiento identitario, de pertenencia común de los emigrantes, puede verse acentuado por la presión del grupo, admitida más o menos voluntariamente para evitar sentirse “fuera” de la comunidad en un país extranjero y para beneficiarse de la ayuda prestada por los miembros de esta.

permitieron. En su último año de colegio, marchó a hacer unas prácticas a otra localidad y ya no volvió a la casa familiar. Carmen recuerda que cuando se fue de casa fue muy mal visto por todos, de hecho, fue la primera de las jóvenes de su edad en salir de casa sin que fuera para casarse, pero ella, aunque no estaba mal en ella y tenía buena relación con sus padres, tenía la sensación de estar encerrada. Con un nivel educativo muy superior al de su entorno, pronto tuvo la necesidad de salir de un ambiente en el que no se encontraba a gusto ni reconocía como suyo,

Es que eran dos mundos distintos, con todo completamente distinto, los españoles no evolucionaban. Había gente que en vacaciones iba a su pueblo, hacían el jabón y se lo traía para Alemania. La mayoría venía de pueblos muy cerrados de mente....CG_04.16

Fraser (1997) sugiere estar atentos a las divisiones de clase, a los problemas relativos a la desigualdad material, a las diferencias de poder entre grupos y a las relaciones sistémicas de dominación y subordinación. La realidad de las comunidades emigrantes escondía relaciones de poder en el que las mujeres en general y las chicas en particular eran las partes sometidas, no solo por los elementos masculinos de su entorno, sino también por el dictamen de la comunidad entera. El papel del parentesco es enormemente variable y cada sistema crea las diferencias entre los que se consideran parientes y no parientes de forma distinta; la gente puede crear o dar por legítimos determinados vínculos sociales al margen de la relación biológica (Moore, 2009). En el caso de estas comunidades de emigrantes la relación entre sus miembros, como se ha visto, traspasaba los límites de lo que se esperaría entre meros compatriotas.

Ana, por ejemplo, habla de los “juicios” de su pequeña comunidad emigrante en la que las familias emigrantes se “aliaban” entre ellos y, con el pretexto de una comida familiar, los adultos, independientemente de que no existiera una relación de parentesco real entre ellos, aprovechaban para afear la conducta de las chicas en presencia de otras

familias cuando había algún tipo de conflicto con estas, conflictos que casi siempre se reducían a que las chicas quisieran salir, vestirse como todo el mundo o quedar con un chico.

Yo me acuerdo que había como juicios, y digo juicios y a lo mejor es una palabra fuerte, pero eran familias...había un conflicto sobre todo con las hijas adolescentes, que queríamos salir, queríamos pintarnos, queríamos vestir como todo el mundo, queríamos salir con un chico sin ningún problema y nuestros padres se volvían locos y entonces qué hacían, pues invitaban y entonces los adultos se aliaban entre ellos y nos llevaban a las chicas también y nosotras creíamos que era una comida familiar y la que nos caía era...uau. AS_02.16

Para Ana que sus padres la enviaran a un internado como castigo fue una liberación. De pronto, ya no tenía que ocuparse de sus hermanos, ni levantarse la primera a hacer los desayunos, ni soportar las iras de su padre. Todo el tiempo era para ella. Lo que para sus compañeras belgas era una prisión, para ella era la “libertad”. Esta experiencia le sirvió para tomar la decisión de irse de casa y establecerse, primero en Londres, y más tarde en España. Ana siempre quiso irse a vivir a España, esa tierra prometida presente en todas las conversaciones familiares, pero, curiosamente, después de varias décadas de vivir en España, no está segura de sentirse española.

8 Cómo se construye la identidad

8.1 La nostalgia como creador de identidad

Según señala Chambers (1994:25), la identidad se forma “en movimiento”, en un viaje abierto que implica una fabulación continua, una construcción, un sentido de pertenencia que se sustenta más por la imaginación que por una realidad física o geográfica. Imaginamos, de alguna manera, ser los autores de las narrativas que forman nuestras vidas y las imaginamos con una cierta coherencia y linealidad. Pero esta

aparente linealidad se ve interrumpida por el entrecruzamiento con otras historias que hace que nuestra identidad esté continuamente rediseñándose. Así Hall (2003) propone entender la identidad como una construcción a través del tiempo que se redefine constantemente en el contacto con los otros. En la confluencia de narrativas identitarias acerca de nosotros mismos y los otros, en los sistemas clasificatorios, damos sentido a nuestras relaciones sociales (Vila, 2000: 2). Como hace notar este último autor, es imprescindible atender a los diferentes otros implicados en los procesos de construcción identitaria, lo que se hace bastante evidente cuando hablamos de migraciones. Shinji Hirai (2014) recoge de Raymond Williams la noción de “estructura de sentimiento”, que permite entender el punto de vista del sujeto de estudio inmerso en una determinada situación social y la articulación entre lo personal y lo social para explicar cómo se imbrican los sentimientos del sujeto con su situación social. Las emociones son una forma de construcción social. Como afirma Hirai, las emociones se constituyen en un contexto social determinado y se experimentan por individuos y grupos como consecuencia de sus interacciones en el entorno social en que se encuentran inmersos, funcionando como fuerzas que pueden llegar a provocar determinadas prácticas y, por tanto, repercutiendo en la organización de la vida social.

Una de las formas en la que los emigrantes construyen sus narrativas identitarias es a través del discurso de la nostalgia. Estoy de acuerdo con Lutz y Abu-Lughod (1990:9) en que el término “discurso” resulta más apropiado que el de “cultura” o “ideología”, cuyas connotaciones parecen implicar la existencia de una coherencia, uniformidad y atemporalidad en los sistemas de significados de un grupo. La palabra “discurso” es más contextual, móvil y cambiante, menos esencialista, y, por tanto, más útil para aplicarla al contexto particular de un colectivo, el emigrante, que paulatinamente se va alejando de la “cultura” de origen. Aunque pudiera parecer que las

vidas de estos emigrantes iban asociadas a una nostálgica “foto fija” de la cultura del país de origen en el momento de la partida, lo cierto es que aquella estaba sometida a continuas reinterpretaciones y modelaba de forma diferente los sentimientos identitarios de las familias emigrantes, aun cuando el discurso de la nostalgia empleara una simbología común.

El aislamiento que los emigrantes españoles experimentaban en los países de acogida por desconocimiento del idioma y de las costumbres locales, por temor a la xenofobia y por cierto sentimiento de inferioridad, provocó que una especie de patriotismo nostálgico se constituyera como uno de los más fuertes creadores de identidad entre el colectivo emigrante. El patriotismo borraba diferencias regionales y de afinidades, generaba estrechos lazos sociales y mantenía en todos ellos el sentimiento de tener una meta: la vuelta a España. Como hemos visto, los emigrantes españoles, formaron su propio mundo, en el que se sentían miembros una gran familia, que en palabras de Carmen “no se enteraban nunca de nada de lo que pasaba alrededor” y que idealizaban el país que dejaron atrás, sus gentes y sus costumbres, en una exaltación del patriotismo, que a veces rayaba en lo grotesco. La simbología patriota era la proporcionada oficialmente por el régimen franquista: las paredes de las Casas de España en tantas ciudades europeas se llenaron de cabezas de toros y de gaitas, de muñecas vestidas de flamenca y de carteles de vírgenes en una mezcla delirante.

A mí me encantó todo lo de España. Yo quería hacer flamenco...íbamos a Galicia (en verano) y veíamos que bailaban la muñeira, pero yo veía flamenco y decía: España. Y al final, lo hago aquí. Forma parte de mí...

EP_04.16

La mayoría de los hijos de los emigrantes, aunque no todos, han participado, en mayor o menor medida de este sentimiento de amor idealizado por el país de origen. Según Morin (1986:28), “existe un *imprinting* cultural que marca a los humanos desde

el nacimiento” que, sobre todo, afectaría a las capas más altas de la sociedad, puesto que, de acuerdo con este autor, la normalización aumentaría al mismo tiempo que aumenta la cultura. Independientemente de lo que quiera decir Morin con el término “cultura” y de que Morin no acabe de aclarar convincentemente porqué las capas más altas de la sociedad se ven más expuestas a los efectos del *imprinting* cultural, en mi opinión acierta cuando describe cómo este, se produce sobre todo en determinados contextos sociales donde ciertos condicionamientos imponen un discurso para “despreciar todo lo que no vaya en el sentido de nuestras creencias.... [y] rehusar toda información inadecuada a nuestras convicciones” (Morin, 1986:29). Ana siempre tuvo una relación amor-odio con lo español, que resolvió en su momento trazando una línea de separación entre la España real, que conocía por sus viajes estivales al pueblo de origen de su padre, y la España recreada imaginariamente por el colectivo emigrante del que ella formaba parte.

Para Ana, que tenía veinte años cuando empezó la década de los ochenta, el estrecho mundo de la comunidad española se le había quedado pequeño, y a los veinte años se fue de casa de sus padres para, tras un breve paréntesis en Londres, establecerse en España, el sueño de sus padres y de todos los emigrantes españoles. Las ideas sobre el carácter español, el clima, las fiestas, inculcadas por sus padres y por todo su entorno a lo largo de tantos años, habían surtido efecto.

Su prima Elena, por el contrario, nunca se marchó de Bélgica. Se casó muy joven con el hijo de unos emigrantes italianos, “del norte”, puntualiza, y se dedicó a soñar con una España mezcla de rocosas playas gallegas y pitos rocieros. Palía su nostalgia de lo no vivido con sus clases semanales de sevillanas. Elena ha adoptado una serie de símbolos que para ella representan no solo su identidad como española, sino una decidida postura a favor de lo que representa su madre para ella. “A mí me encantó

todo lo de España... allí encuentro mi identidad, a lo mejor porque mi madre es española y tengo tan buena relación con ella”

8.2 Identidades elegidas e imaginadas. España como sinónimo de libertad

Si bien el fin de la dictadura franquista y la transición dieron pasos a cambios de naturaleza política, los cambios en las estructuras sociales habían empezado ya a producirse durante las dos últimas décadas del franquismo, aunque debido al carácter represivo del régimen de Franco, que inmovilizaba a los actores sociales, estos cambios estaban teniendo lugar muy lentamente, manteniéndose la estructura social sin grandes transformaciones hasta los años 1980 del pasado siglo. Diversos factores, entre los que destaca la integración europea, motivaron que la sociedad española sufriera una fuerte sacudida en sus estructuras más tradicionales. La natalidad descendió fuertemente, así como la nupcialidad, aparecieron tímidamente nuevos modelos de familia y hogares unifamiliares, la sociedad empezó a secularizarse. La presencia de la mujer en la vida pública aumentó considerablemente, convirtiéndose en centro de importantes cambios en la mentalidad de la población española. Los hijos de los emigrantes en Europa, aunque encerrados en sus pequeñas sociedades herméticas donde los influjos del exterior apenas las traspasaban, tuvieron ocasión de vivir estos cambios verano a verano, cuando iban de vacaciones a España. Elena y Carmen eran unas adolescentes en los años 1980, Ana acababa de cumplir los veinte años. Empezaban a darse cuenta que las costumbres, la música, la forma de vestirse eran cada vez más parecidas a las de sus amigos y compañeros belgas y alemanes. Los mismos primos y amigos españoles ya no se diferenciaban apenas de estos, y cuando los precios de los transportes aéreos se volvieron asequibles y los emigrantes comenzaron a recibir visitas de los parientes españoles, la diferencia empezó a apreciarse más claramente. Carmen, hasta su mayoría

de edad, pasó sus vacaciones en el pueblo de origen de sus padres, junto a primos con una libertad con la que ella solo podía soñar. Cuando quería llegar más tarde o ponerse determinada ropa, la frase siempre repetida era "...pues a los primos sí les dejan". Sin embargo, ella nunca se planteó la opción de establecerse en España, por más que disfrutara sus estancias estivales en el país. A pesar de los esfuerzos de sus padres de alejarla de la sociedad alemana, Carmen estaba bien integrada en ella, lo que se reforzó durante el último curso de prácticas escolares fuera de casa.

Al salir de aquí, estar con gente tan distinta, con conversaciones tan distintas, cambió mi forma de ser, me atrevía a hablar y decir mi opinión, porque decía antes: para qué hablar si todo el mundo va a pensar mal de ti.
CG_04.16

Además se dio cuenta pronto que, a pesar de sus padres, España tampoco era su país, "...en España era la alemana, no era ni de un sitio ni de otro", que la idea de España que sus padres y toda la comunidad emigrante le habían estado transmitiendo durante años no se correspondía con la realidad que ella veía en sus periodos vacacionales y que, de todas maneras, le faltaban herramientas para sentirse en casa:

Nos sentíamos más de allí, de España, pero muchos de los que volvieron a España lo han pasado fatal, no dominaban el idioma y muchos de ellos se han vuelto, porque una cosa es ir de vacaciones y otra...yo, cuando voy (a España) estoy muy a gusto y lo añoro, pero yo noto que no es lo mismo vivir allí. El sistema es distinto, me falta vocabulario, las leyes son distintas....
CG_04.16

Sostiene Scott (1994) que la identidad, en el caso de las mujeres, suele considerarse como fija y, de algún modo, natural, lo que con frecuencia oscurece la construcción discursiva de otras identidades, como por ejemplo la de emigrante o hija de emigrante construida a través de la experiencia del sujeto. Esta experiencia, según se

desprende de los testimonios de mis informantes, ha ido modificando lentamente el “imprinting” cultural adquirido en el reducto cerrado tan laboriosamente creado por sus padres. Carmen acabó por rechazar la “propuesta identitaria” de sus padres y la comunidad emigrante. La ampliación de su experiencia en la sociedad de acogida, la primera vez que salió del grupo, le hizo ver sus nexos con el país en el que había nacido y se había criado. Ella “eligió” quedarse en Alemania en todos los sentidos.

8.3 Cuando los lazos se aflojan

Para Touraine (2001:68), la subjetividad implica la construcción de un individuo o un grupo a través de la reinterpretación de sus experiencias, visión que entraña capacidad de elección, libertad y un proyecto de individuación. Esta experiencia, según Scott (1990: 40-41), ha de entenderse como construida discursivamente; explicar caminos divergentes solamente en términos de diferencias de realidades vividas implica una noción casi esencialista de mujer. Como dice Celia Amorós,

A las mujeres se nos asigna (...) el ser las depositarias de los bagajes simbólicos de las tradiciones. Los varones se autoconceden el derecho a la subjetividad, que les da siempre un margen discrecional de maniobra para administrar, seleccionar y definir tales bagajes (2009:78).

Como he apuntado más arriba, para Carmen el punto de inflexión llegó cuando probó la libertad lejos de la comunidad emigrante, al trasladarse por un curso escolar a un pueblo vecino a la edad de diecisiete años. “Para mí llegó el momento en que todo lo que quería era salir de aquí y salir de estar con españoles”. El control del grupo sobre sus miembros, especialmente sobre las chicas jóvenes, el pequeño mundo de habladurías y juicios morales, que en opinión de Carmen, influía poderosamente sobre su madre, la sensación de fosilización de la comunidad en que vivía, “era todo tan artificial”, y la distancia creada entre el bajo nivel cultural de la comunidad y el

alcanzado por ella, se aunaron para que tomara la decisión definitiva de marcharse de casa e irse a vivir a una población vecina.

Las conversaciones eran siempre las mismas, tenía la sensación de no avanzar...quería otras cosas, ni mejor, ni peor, la cuestión era salir de aquí...cuando me fui...para mí fue la liberación. CG_04.16

En este último aspecto coincide con Ana, que afirma que cuando salían de casa siempre era una “liberación tremenda, sobre todo las chicas”. Ana, quien, al contrario que Carmen, cada vez tenía más problemas dentro de casa, también decidió marcharse después de una pelea bastante violenta con su padre. Pero así como Carmen se marchó de casa en una transición suave, ante el disgusto, pero no la oposición abierta de sus padres, Ana hizo las maletas entre amenazas de su padre, que le instó a no volver más si salía por la puerta. Durante muchos años la brecha siguió abierta, con cruce de cartas entre amargas y amenazantes incluido, pero la vuelta de sus padres a España, al menos por temporadas largas, y la práctica disolución de la comunidad emigrante han suavizado mucho la relación entre ellos. Hace tiempo que Ana ya no culpa a sus padres e incluso ve aspectos positivos en las pasadas luchas domésticas:

Era un choque muy, muy fuerte, y las que pagaban las consecuencias eran, en general, las mujeres, las chicas, mucho, pero yo creo que muchas chicas tuvimos una infancia muy difícil, muy difícil y, a veces, muy triste, pero, por otro lado, gracias a ese maltrato y a eso, pues nos hicieron muy luchadoras, muy luchadoras. AS_02.16

Todos han aprendido a relativizar las cosas.

Elena sigue en Bélgica. Aunque repite varias veces que la evolución de España a partir de 1975 le pareció “muy bonita”, su temprano matrimonio hizo imposible la posibilidad de establecerse en España. Con su español trufado de palabras francesas, sus clases de flamenco y sus visitas ocasionales a Galicia, la tierra de su madre, Elena

parece haber encontrado su sitio. Sus hijos, aunque de padre italiano, se consideran, según su madre, “muy españoles”, aunque no tuve ocasión de hablar personalmente con ellos para pulsar su opinión. Tampoco su madre, ya viuda, ha retornado, a pesar de conservar gran parte de su familia en España.

Los padres de Carmen también se quedaron en Alemania. No consiguieron volver cuando los hijos eran menores y ahora ya no quieren abandonar el país donde viven sus nietos. Estos entienden el castellano, pero no lo hablan bien y Carmen cada vez tiene más dificultades para convencer a sus hijas de que pasen al menos parte de las vacaciones en España.

9 Conclusiones

Aunque en los años más recientes la producción teórica sobre migraciones y género en España ha aumentado considerablemente, la mayoría de las aportaciones se ha centrado particularmente en cuestiones relacionadas con la inmigración. Aquellas que tratan sobre la emigración femenina, en particular, sobre la de la segunda mitad del S. XX, han puesto el foco fundamentalmente en las motivaciones de las mujeres españolas a la hora de emigrar y en temas relacionados con el cuidado, la integración, la identidad y el cambio cultural, trabajos sin duda muy importantes para desmontar la imagen de las migraciones como un asunto masculino y para poner de manifiesto la agencia de las mujeres. Mi interés, no obstante, estaba puesto en esas mujeres españolas que no tomaron la decisión de emigrar, sino que se criaron e incluso nacieron en el país al que emigraron sus padres y, sin embargo, fueron siempre consideradas, dentro y fuera de sus comunidades, como emigrantes. Mi trabajo de campo y las entrevistas realizadas me ha permitido asomarme al mundo de unas mujeres que crecieron entre dos sociedades muy diferentes, la del país de acogida y la que formaron los grupos de emigrantes como un medio de preservar las costumbres del país que dejaron atrás, circunstancia que ha afectado tanto a su sentido de pertenencia, como a la propia percepción sobre su identidad como mujeres. Estas mujeres son las hijas de unos emigrantes que dejaron una España tradicional y católica que, durante el régimen franquista, se había alejado de las nuevas corrientes más laicas y abiertas que comenzaban a abrirse paso en gran parte de Europa, hijas de unos padres que pretendían preservar sus costumbres fuera como fuera en un medio que, no solo les resultaba extraño, sino, en ocasiones, abiertamente hostil.

Las jóvenes hijas de los emigrantes españoles, nacidas ya fuera de España o, al menos, escolarizadas en los países de acogida, tuvieron que construir su identidad y su

sentido de pertenencia en medio de dos corrientes culturales muy diferentes, la de la sociedad de acogida, en la que se sentían mucho más integradas que sus padres, que en los tres casos que aquí presentamos se habían replegado dentro de la comunidad emigrante, y la de esa misma comunidad, que, por un lado, pretendía conseguir para los hijos e hijas las ventajas de una buena educación en el país de recepción y, por otro, tenía miedo de perder las raíces españolas y hacía descansar sobre las hijas unas expectativas de comportamiento basadas en unos patrones ideológicos totalmente distintos a los de la sociedad en la que las hijas se estaban educando, lo que motivaba conflictos no solo con la familia propia, sino con la gran familia que entre sí habían creado unos emigrantes desarraigados y aislados de su nuevo medio social.

A pesar de que a lo largo de este trabajo de investigación he detectado ciertos puntos en común en las historias de las tres mujeres cuyos relatos de vida he seguido, no he tenido en ningún momento la pretensión de establecer generalizaciones, sino la de destacar las distintas trayectorias vitales, entornos y subjetividades que hacen de cada una de ellas un ser específico que ha formado su propia identidad en el marco común de las comunidades de emigrantes españoles en dos países europeos como Bélgica y Alemania, marco en el que confluían “modos de ser” muy distintos, el de los emigrantes españoles, aislado y poco poroso, trufado con influjos de otras comunidades emigrantes también muy cerradas, el de las sociedades de acogida, no solo más abiertos, sino, en ocasiones, incomprensible para los emigrantes y, todo ello, sacudido por los vientos de cambio que venían de un país de origen que ya ni era reconocible para los emigrados ni les representaba. Es en esta intersección de formas diferentes de entender la sociedad donde estas mujeres, hijas de emigrantes, Ana, Carmen o Elena, se han visto obligadas a pensarse y pensar su lugar en el mundo siguiendo estrategias diferentes.

Aunque algunas aproximaciones teóricas parecen examinar las distintas comunidades humanas de forma inherentemente positiva y cultural, esta visión puede soslayar la relación que estas puedan tener con la desigualdad y con los problemas derivados de las diferencias de poder entre grupos y con las relaciones sistémicas de dominación y subordinación. Desde otras perspectivas, en cambio, se sugiere estar atentos a estas variables, y es teniendo en cuenta estas otras visiones desde las que he intentado indagar en la construcción de la identidad de los tres sujetos de mi investigación, profundizando en la realidad de las comunidades emigrantes para tratar de desentrañar las relaciones de poder en las que las mujeres del grupo y, más particularmente, las chicas más jóvenes, eran los miembros más sometidos, tanto por los hombres de la familia como por la presión de la comunidad emigrante en su conjunto.

Diversos estudios sugieren que las mujeres españolas en general, independientemente de su extracción social, se adaptaron mejor al nuevo medio y se integraron mejor en el nuevo sistema sociocultural que los hombres. De los tres casos recogidos aquí, dos de las madres aprendieron el idioma del país de acogida frente a uno de los padres, y todas se enfrentaron a sus maridos para trabajar fuera de casa, lo que, si bien no puede contemplarse como prueba de asimilación en la nueva sociedad, sí que puede haber influido para, en ciertos casos, y con reservas, abrir caminos a las hijas. Lo que sí parece cierto es que las españolas aprendieron nuevos modelos de relación entre los sexos más equitativos que los inculcados en España, sobre todo en lo referente a la incorporación al mundo laboral de las mujeres, aunque esto supusiera fuertes conflictos domésticos. Las experiencias de las madres parecen haber influido mucho en sus hijas, que destacan la importancia que estas han tenido en su formación, bien como modelos, o bien, a la vista de sus trayectorias vitales, para rebelarse contra el statu quo.

La identidad, que implica un proceso de construcción continuo, no entraña un movimiento rectilíneo. Esta construcción constante se ve atravesada por otras historias y se rediseña en el contacto con otros. Los individuos, como transmisores y portadores de cultura, re-crean constantemente la sociedad en la que viven y la identidad cultural en la que se ven representados. Esta identidad cultural no solamente se crea con hechos objetivos en la interacción entre universos distintos, sino también con elementos imaginados. Asimismo, emociones como la nostalgia, considerada como una construcción social, está presente en la elaboración de un discurso que fijaba en un momento concreto los rasgos propios del país de origen. De esta manera, también los emigrantes españoles que intentaban conservar su identidad fuera de su tierra, buscando para ello lo más característico de su cultura de origen, reinterpretaban con los medios a su alcance su identidad de españoles, creando para sus hijos la memoria de un país, España, en gran parte idealizada y no poco inventada.

Una especie de patriotismo nostálgico parece haber sido uno de los elementos más destacados en la formación de la identidad del colectivo emigrante. Un sentimiento que frente al aislamiento, la sensación de inferioridad y la xenofobia, borraba las posibles diferencias entre los emigrantes españoles y estrechaba los vínculos sociales.

De una forma u otra, muchas de las hijas de los emigrantes, criadas en este amor idealizado por el país que dejaron atrás sus padres y cuyo conocimiento de primera mano consistía básicamente en unos pocos días de vacaciones, los años que podían permitírsele, también mantuvieron fuertes lazos identificatorios con la tierra de sus padres, resolviéndose en ocasiones en una relación de amor-odio con lo español, que les permitía un sentimiento de pertenencia a la España real que creían conocer por sus viajes de vacaciones, mezclado con uno de rechazo por la España recreada en la imaginación de la comunidad emigrante en la que se criaron, que propiciaban unas

relaciones de poder en la que ellas eran el extremo más subordinado. Nacidas en una comunidad aislada, en gran parte, de influencias exteriores, al crecer, estas jóvenes comenzaron a sentirse asfixiadas en un ambiente que chocaba frontalmente no solo con el del país en que vivían, en el que se sentían más integradas que sus padres, sino también con el de una España que no había dejado de cambiar desde que sus padres la abandonasen unas décadas más atrás. Para Elena, Ana o Carmen, la idea de España, la España que vivían durante sus vacaciones, estaba vinculada a la idea de libertad, a una libertad mayor de la que tenían dentro de sus familias en Bélgica o Alemania. Así, Ana tomó la decisión de establecerse en España, donde vive actualmente, aunque, treinta años después, aún se plantea si tomó la decisión correcta. Elena y Carmen permanecieron en Bélgica y Alemania, respectivamente, los países en los que nacieron, sin embargo, mientras Carmen siente una vinculación sentimental con España, pero jamás se planteó vivir en un país que no acaba de sentir como suyo, Elena ha recreado una España inventada formada por retazos de recuerdos de su madre, visitas esporádicas y un imaginario de lo español compuesto de vagas representaciones folclóricas.

Como he señalado anteriormente, no he pretendido en ningún momento establecer generalizaciones de ningún tipo, ni tampoco “encajar” las trayectorias vitales o las decisiones de estas mujeres en rígidos marcos teóricos. Por el contrario, lo que me parece más interesante es destacar la capacidad de agencia que muestran, la especificidad de cada una de ellas, y las maneras diferentes de concebir sus identificaciones y pertenencias en contextos aparentemente similares. Es obvio que el contexto marca, esto es algo que he podido apreciar a lo largo del trabajo de campo, y establece conexiones y similitudes, pero no determina. No puede, por tanto, hablarse de una categoría “hija de emigrante español” que diera fe de una supuesta

homogeneización identitaria referida a colectivos bien determinados. El tema, pues, exige ahondar más para revisar las categorías en las que, en ocasiones, se intenta clasificar a los sujetos de una investigación. En este sentido, espero poder profundizar en el tema en futuras investigaciones, poniendo el acento en la construcción de identidad de estas mujeres, indagando tanto en los contextos y procesos sociales e históricos en los que han desarrollado su existencia, como en su autopercepción, sus prácticas y sus discursos.

10 Bibliografía

- Alba, S. (2009). Trabajo, ahorro y retorno: la vida cotidiana de los emigrantes españoles en Europa. En Xosé Amanci Liñares Girau, (Coord.), *La emigración española a Europa en el siglo XX*, pp. 95-113. Vigo: Grupo España Exterior.
- Amorós, C. (2009). *Vetas de ilustración. Reflexiones sobre feminismo e Islam*. Madrid: Cátedra
- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (1998). Globale Ethnische Räume. En Ulrich Beck (Ed.), *Perspektiven der Weltgesellschaft*, pp. 11-40. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Arjona Á. y Checa, J. C. (1998). Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social. *Gazeta de Antropología*, (Nº 14), artículo 10. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10481/7548>.
- Babiano, J. (2009). Emigración española a Europa y trabajo. En Xosé Amanci Liñares Girau, (Coord.), *La emigración española a Europa en el siglo XX*, pp. 95-113. Vigo: Grupo España Exterior
- Bertaux, D.
- (1989). Los relatos de vida en el análisis social. *Historia y Fuente Oral*, (Nº 1), Barcelona, pp. 87-96.
- (1999). *El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades*. Recuperado de <http://preval.org/files/14BERTAU.pdf>
- (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Brubaker, R. (2001). The return of the assimilation? Changing perspectives on immigration and its sequels in France, Germany, and the United States. *Ethnic and Racial Studies*. Vol. 24, (Nº. 4), pp. 531-548
- Chambers, I. (1994). *Migrancy, Culture, Identity*. London and New York: Routledge
- Comas, D. y Pujadas, J. J. (1991). Familias migrantes: reproducción de la identidad y del sentimiento de pertenencia. *Papers. Revista de Sociología*. (Nº 36), pp. 33-56.
- Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25092/58216>
- Cuesta, J. (2008). Las mujeres en las migraciones españolas contemporáneas. *Anales de Historia Contemporánea*, (Nº24), pp.27-55.

- Fernández Asperilla, A. (2000). Estrategias migratorias. Notas a partir del proceso de la emigración española en Europa (1959-2000). En *Migraciones y Exilios. Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricas contemporáneos*. (Nº1), pp.67-94. Recuperado de <http://www.aemic.org/ediciones/7>
- Fernández Montes, M. (2010). Sujetos como objeto de estudio. En Margarita del Olmo, (Ed.), *Dilemas éticos en Antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico*, pp. 303-314. Madrid: Trotta.
- Fraser, N.
- (1997). *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Santa Fé de Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- (2013). *Fortunes of feminism*. Londres: Verso.
- García- Nieto, M^a del C. (2000). Trabajo y oposición popular de las mujeres durante la dictadura franquista. En Georges Duby y Michelle Perrot, (Dir.), Mary Nash (Coord.), *Historia de las Mujeres en Occidente. Vol.5. El siglo XX*, pp. 722-735. Madrid: Taurus.
- Gregorio Gil, C.
- (1998). *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea.
- (2011). Análisis de las migraciones transnacionales en el contexto español revisitando la categoría de género desde una perspectiva etnográfica y feminista. *Nueva antropología*, Vol. 24 (Nº74), pp. 39-71. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/revista/6649/A/2011>
- (2012). Tensiones conceptuales en la relación entre género y migraciones. Reflexiones desde la etnografía y la crítica feminista. *Papers*, 97/3, pp. 569-590.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (1997). Beyond "Culture". Space, Identity and the Politics of Difference. En Akhil Gupta y James Ferguson (Eds.), *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*, pp. 33-51 Durham and London: Duke University Press.
- Hall, S. (2003). Introduction: Who needs "identity"?. En Stuart Hall y Paul Du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity*, pp. 1-17. London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage Publications
- Hirai, S. (2014). La nostalgia: Emociones y significados en la migración transnacional. *Nueva antropología*, 27 (Nº81), pp. 77-94. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362014000200005&lng=es&tlng=es
- Kuper, A. (2001). *Cultura. La visión de los antropólogos*. Barcelona: Paidós.

- Lutz, C. A. y Abu-Lughod, L. (1990). Introduction: emotion, discourse, and the politics of everyday life. En Catherine A. Lutz y Lila Abu-Lughod (Eds.), *Language and the politics of emotion*, pp. 1-23. Cambridge: Cambridge University Press.
- Moore, H. (2009). *Antropología y Feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (1986). *Cultura, Conocimiento y Determinismos Culturales*. Recuperado de <http://www.edgarmorin.org/images/publicaciones/edgar-morin-cultura-conocimiento-y-determinismos-culturales.pdf> .
- Murillo, S. (1996). *El mito de la vida privada*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Ortiz Heras, M. (2006). Mujer y Dictadura Franquista. *Aposta, Revista de ciencias sociales*, (Nº28). Recuperado de <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/ortizheras.pdf>
- Ramírez Goicochea, E. (2011). *Etnicidad, identidad, interculturalidad. Teorías, conceptos y procesos de la relacionalidad grupal humana*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces
- Scott, J.
- (1987). On Language, Gender, and Working-Class History. *International Labor and Working-Class History*, (nº31), pp.1-13. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27671669>
- (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En James S. Amelang y Mary Nash (Eds.). *Historia y Género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, pp. 23-56. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim-IVEI
- (1994). Deconstruir igualdad versus diferencia: usos de la teoría post-estructuralista para el feminismo. *Feminaria*, 7, (nº 13), pp. 1-9.
- Touraine, A. (2001). *¿Podremos vivir juntos?: iguales y diferentes*. México DF: Fondo de Cultura Económica
- Valcárcel, A. (1993). *Del miedo a la igualdad*. Barcelona: Crítica.
- Vila, P. (2000). Tropos identitarios en la frontera México/Estados Unidos. *Araucaria, Revista Iberoamericana de filosofía, política y humanidades*. (Nº 3), pp. 89-111. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1047402.pdf>